



GÜELL Y RENTÉ

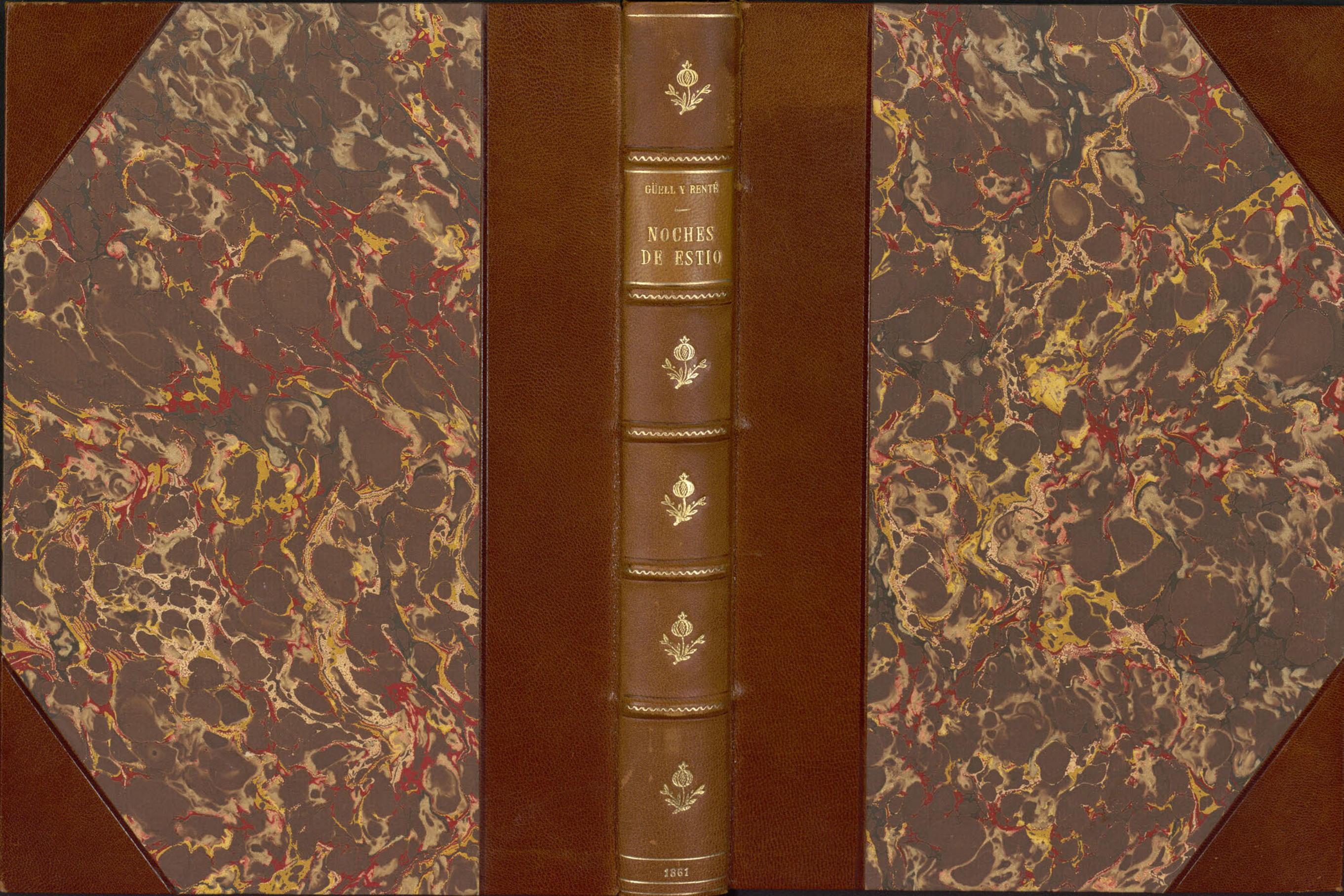
NOCHES
DE ESTIO



DRPS
FA
771

1861





GÜELL Y RENTÉ

NOCHES
DE ESTIO



1861

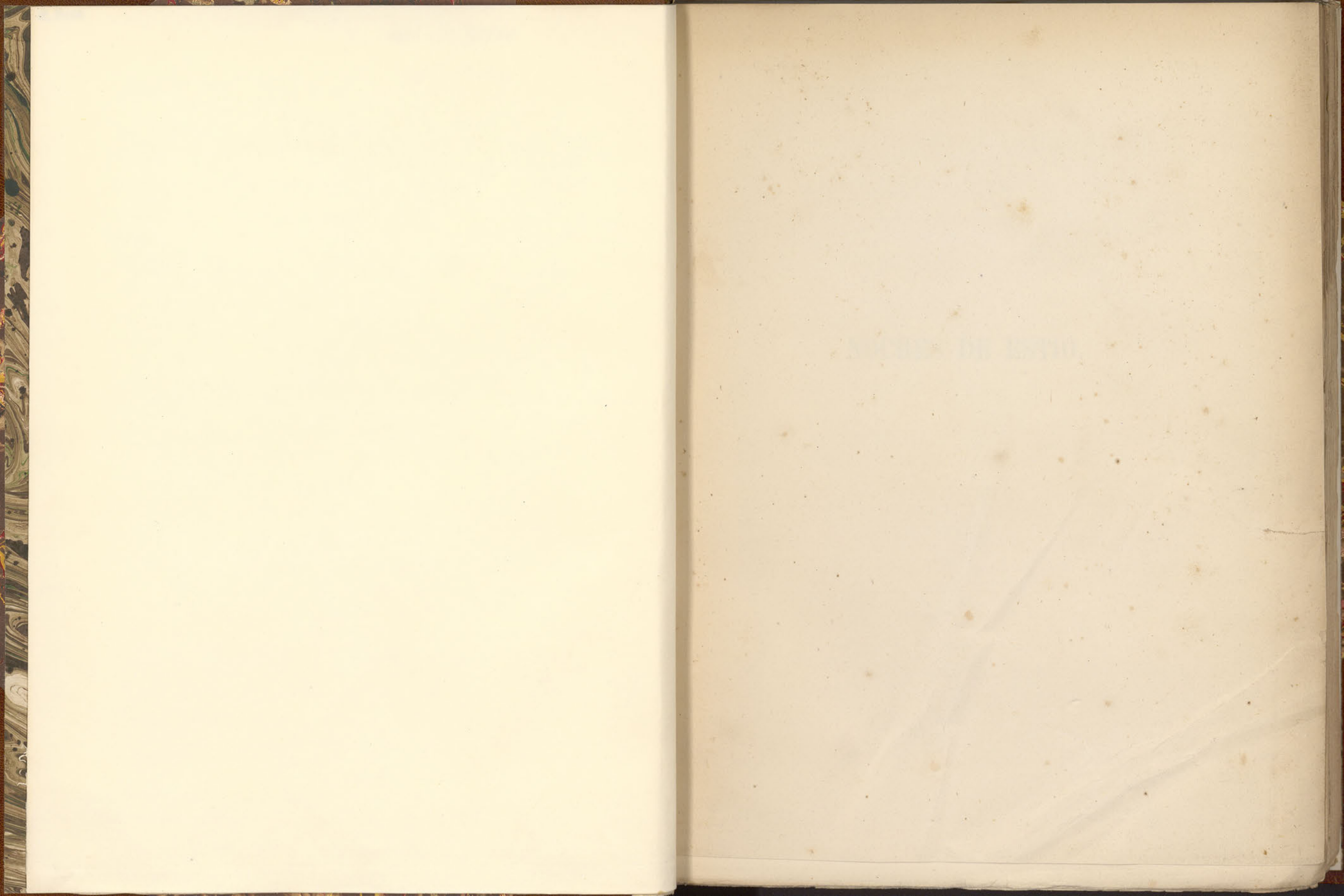
Ex Libris



Russell Perry Sebold III

FL DRPS FA / 0771

0500767892

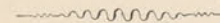


NOCHES DE ESTIO.

NOCHES DE ESTIO

POR

DON JUAN GÜELL Y RENTÉ.



MADRID.

IMPRENTA DE J. ANTONIO GARCIA.

CALLE DE LA PUEBLA, NÚM 49.

—
1861

A LA SEÑORA

DOÑA CARMEN DE MONTAGUT,

MI QUERIDA ESPOSA,

JUAN GÜELL Y RENTÉ.

MEMORIAS Y SUSPIROS.

De mi adorada Cuba en los palmares
Al brillar melancólica la luna ,
En un tiempo vagaba sin pesares
En alas de mi plácida fortuna ,
Libre y feliz llevaba mis cantares
El aura suave que meció mi cuna
Y siempre se inspiraba el estro mio
En las ardientes noches del Estío.

Bajo un dosél de estrellas y zafiros
 Poblado de riquísimos vivientes,
 Mis tiernos y dulcísimos suspiros
 Exhalaba al murmullo de las fuentes,
 Las ninfas, de sus húmedos retiros
 Huyendo lucen las mojadas frentes,
 Y las aves con trinos melodiosos
 Repetían mis cantos armoniosos.

El aura jugueteando entre las hojas
 Mecía el tallo de las tiernas flores,
 Y en el matiz de sus corolas rojas
 Lujuriosa vertía sus olores.
 En las ramas llorando sus congojas
 Saltaban los silvestres ruiseñores,
 Mientras la luna en la mitad del cielo
 Con su brillante luz bañaba el suelo.

De encanto indefinible embelesado
 Mis ojos anhelantes dirigía
 Al cielo, de topacios tachonado,

Donde á su Dios el alma presentía;
 De amor y de esperanza iluminado
 Abrí mi corazón á la alegría,
 Y pulsando mi lira reverente
 Canté las noches del Estío ardiente.

Las noches deliciosas del Estío
 De la perla mimada de los mares,
 Que dió vida y calor al génio mio
 En sus bosques de piñas y azahares:
 Bebí en ellas las gotas del rocío
 Filtradas por los cocos y palmares,
 En Dios pensando como buen cristiano,
 En Dios creyendo como buen cubano.

Alzaba sin temor el pensamiento
 En mis versos sonoros reflejando,
 De patria el orgulloso sentimiento,
 Su gala y su belleza discantando.
 Su limpio y azulado firmamento
 De oro y grana las nubes esmaltando,

Y cuyas glorias colma ¡oh maravilla!
La Cruz del Sur que portentosa brilla.

La Cruz del Sur, emblema misterioso
Al índico hemisferio aparecida,
Cual símbolo de gracia portentoso
En medio de una raza envilecida:
Signo adorado, galardón precioso
Con clavos de oro del zenit prendida,
De amor y caridad, germen fecundo
Que dió aliento á Colon, á España un mundo.

A cuyo vivo resplandor la noche
Las selvas y los bosques ilumina,
Y eclipsa de la luna el áureo coche
Que recorre la esfera cristalina;
A cuyo vivo resplandor el broche
De la aromada flor, triste se inclina,
Reflejando en el mar rudo y sonoro
El limpio rayo de sus flechas de oro.

La mano del Señor Omnipotente
En su alto juicio la dejó grabada

En el manto azulado y trasparente
De la índica region afortunada;
El sol al verla doblegó su frente,
De su templo cayó la ara sagrada,
Y en actitud sublime el indio rudo
A su vivo fulgor, postróse mudo.

Y por eso en las noches del Estío
Lleno de fé mi corazón cristiano,
Saluda y canta con acento pío
La cruz del continente americano,
Y recordando mi paterno río
Admiro al Creador, que soberano
Sembró á Cuba de flores y de estrellas,
De claros días y de noches bellas.

En vano mi ardorosa fantasía
De mi patria se eleva á las regiones,
Donde alegre cantaba el alma mía
Henchida de placer y de ilusiones.
Bañado en llanto, con la faz sombría,

Rota mi lira de armoniosos sonos,
Dejé á mi Cuba de dolores lleno
Y de una madre el amoroso seno.

Y las olas del golfo cristalino
Surqué valiente en la gallarda nave,
Que velera volaba á su destino
Cerniéndose tranquila como el ave.
En ella, cual el triste peregrino,
Mirando al cielo trasparente y suave,
Dije á Dios con el alma atribulada:
¡Cúmplase en mí tu voluntad sagrada!

¡Yo te saludo, Europa hospitalaria,
Encantada mansion de mis abuelos;
Cuando pisé tu playa solitaria
Por la primera vez sentí los hielos:
Mi alma elevó su férvida plegaria
Entre dudas, temores y recelos,
Y huérfano y extraño te bendijo
La voz doliente de tu nuevo hijo!

Hijo de un pueblo esclavo y oprimido,
Mi jóven corazon, en su alegría,
De gloria y de entusiasmo estremecido
Do quier triunfar la libertad veia,
Otro pueblo entusiasta y decidido
Por ella sin descanso combatía,
Y unido por deber al pueblo hispano
El fusil empuñé con ruda mano.

Vencieron los leones de Castilla,
Las pesadas cadenas quebrantaron,
Y al pendon de Lanuza y de Padilla
Con pasmo las naciones contemplaron;
La enseña augusta de los héroes brilla,
Los tiranos vencidos escaparon,
Y libre España levantó la frente
Haciendo estremecer al Continente.

¡Yo te saludo lleno de alborozo
Hija del cielo, libertad querida,
Por tí mi sangre derramé con gozo

En la dura contienda fratricida;
 Por tí mi musa canta sin rebozo
 A ese principio de esperanza y vida,
 El himno santo que al Empíreo suba
 Y que resuene en mi adorada Cuba!

¡Dios de Dios! Una noche ¡qué ventura!
 Vagaba triste por la gran Barcino,
 Cuando un ángel, radiante de hermosura,
 Se apareció siguiendo mi camino;
 Al revolver mis ojos con ternura
 Miré sus ojos de fulgor divino,
 Y como un niño deslumbrado y ciego
 Quedé prendido en su mirar de fuego.

Tórtola dulce, de su selva hermosa
 Y patrio nido con temor huía,
 Sus alas desplegando temerosa
 Bajo un cielo de luz y de armonía;
 Cándida y tierna se posó gozosa
 Sin pensar la inocente que podía,

El milano cruel con garra fiera,
 Turbar la paz de su ilusion primera.

Sí, tu fuistes, esposa idolatrada,
 La tórtola amorosa é inocente,
 Que la orilla dejaste sosegada
 Que el Ebro baña con veloz corriente.
 En las garras caiste descuidada
 De este milano que en su fiebre ardiente,
 Te dió su vida y su infeliz historia,
 Su amor de patria y su anhelada gloria.

Aunque al Cielo debí génio sombrío,
 De tus hijas hermosas rodeado,
 Estas noches ardientes del Estío
 Las he escrito de gozo enagenado:
 Quizá se enoje mi paterno río
 Porque á tí las dedico entusiasmado;
 Aunque siempre respiran mis cantares
 Las dulces auras de mis patrios lares:

Auras de amor, que entre sus leves alas
 Se llevan el perfume de tu aliento,
 Que tú el cariño de tu pecho exhalas
 Confundida en mi mismo sentimiento
 De patrio amor, tú vistes ricas galas
 Al pobre númen que me dá su acento;
 Templas las cuerdas de mi lira de oro
 Y amas á Cuba porque yo la adoro.

Quizá presientes, dulce compañera,
 Que en los días de prueba y amargura,
 Feliz asilo en mi natal ribera
 Encontrará nuestra inmortal ternura:
 Allí, en bosque de eterna primavera,
 Bajo aquel sol que espléndido fulgura,
 Del bien pasado y la presente gloria
 Renovaremos la amorosa historia.

¡TEMPESTAD!

Cuando en los aires retumbando el trueno
 Sacude el quicio de la negra esfera,
 Y rugiendo en su undivaga carrera
 De espanto el orbe lo contempla lleno,
 Sentado Dios en su inmortal altura
 Mueve su mano poderosa y dura.

A su impulso las cumbres levantadas
 Retiemblan de pavor y se desploman,
 Heridas por centellas que se asoman
 Entre las nubes rojas, que llevadas
 Por el furor horrisono del viento,
 Sus moles pintan de color sangriento.

Ruge la tempestad, el mar bramando
 Levanta sus espumas hasta el cielo,
 Y sus aguas movidas sin recelo
 Por la region del aire van llevando
 Sordos rüidos que el espacio atruenan
 Y de infernal bullicio el mundo llenan.

Los fuertes muros del alcázar santo
 Fulminan con enojos turbulentos
 Relámpagos de luz, que los cimientos
 De la tierra conmueven con espanto,
 Y entorchan raudos la celeste cumbre
 Con el fulgor de su convulsa lumbre.

Los rios sus torrentes desbordando
 Por las entrañas de la madre tierra,
 Van furiosos moviendo cruda guerra
 A los montes, que altivos renovando
 La empresa del titan, enfurecidos
 Caen por la mano del Señor vencidos.

Confúndense la noche con el día:
 En los abismos de la mar chispean
 Las mugidoras ondas, y bravean
 Por romper de su valla la orla fría,
 Lanzando cual violenta catarata
 Montes de espuma y de encendida plata.

Y si el sol aparece en el Oriente
 Y el cuadro horrible con sus rayos dora,
 Rutilando su luz abrasadora
 Entre nubes de un negro reluciente,
 Absortos se confunden los sentidos
 Al fulgor de sus rayos desprendidos.

Y se arrollan las nubes empujadas
 Por cuádrigas ligeras, que moviendo
 El ancho carro con furioso estruendo,
 Lo llevan por regiones tan alzadas,
 Que al ímpetu veloz de su carrera
 Treme en sus ejes la celeste esfera.

En él vá Dios: sus manos poderosas
 Enfrenan los corceles espumantes,
 Que erizando las crines ondeantes,
 Vuelan por las regiones tormentosas
 Del aquilon, siguiendo su camino
 Envueltos en el denso torbellino.

Los negros apiñados nubarrones
 Abren paso á los ágiles corceles,
 Que mansos á la voz y al freno fieles,
 Estremecen las célicas regiones,
 Que claman al Señor atribuladas,
 De espanto y duelo y de dolor preñadas.

Mas detiénese el Dios Omnipotente;
 Cesa la tempestad, el mar bravío
 Sosiega su pujante poderío,
 Y en su cristal refleja blandamente
 El rostro del Señor, que justiciero,
 Torna la calma al universo entero.

EN LA MUERTE DE NAPOLEON.

SONETO.

¡Dos tumbas inmortales han guardado
 Del tirano mayor el resto frío:
 Santa Elena y París.—Con desvarío
 La Europa admira su verdugo helado!

¡La hostil fiereza del rapaz soldado
 Domó el britano con soberbio brío,
 Y en un peñasco encadenó sombrío
 A aquel moderno Prometeo osado!

¡Su vida grande, de inmortal memoria,
 Cobarde mancha, cuando allá en el Sena
 Borró su nombre de la régia historia:

De eterno oprobio sus laureles llena,
 Y rompiendo sus palmas la victoria,
 Desprecia altivo al vencedor de Jena!

AL ALMENDARES.

Nacimos para llorar
Ambos á dos nuestra suerte;
Tus lágrimas van al mar,
¿Mas dónde irán á parar
Estas que mi ánima vierte?

Mentimos, los dos mentimos,
Ambos á dos engañamos,
Ambos llorando vivimos
Y por mal nuestro nacimos,
Donde es fuerza nos unamos.

Si resbala tu corriente
Sus claras linfas en calma,
En calma tengo la mente;
Mas ¡ay! si se agita hirviente
Tambien se me agita el alma.

En tus márgenes de plata,
 Río rey entre los ríos,
 Los lánguidos ojos míos
 Se han cansado de llorar.

Mas mi llanto no era el tuyo,
 Porque mi llanto es de amores,
 Y tu llanto es de las flores
 Que deshojas al pasar.

¿Quién me dijera en mis niñeces, cuando
 Tus frescas aguas ondular veía,
 Que mi llanto su espejo salpicando
 La sonora corriente empañaría?

¿Quién me dijera que al llegar cansado
 De extrañas tierras con la faz llorosa,
 Cabe tu puerto por mi mal pisado
 No se aliviara mi aflicción penosa?

Sobre tus orillas
 Ornadas de flores,
 Mis versos de amores
 A tí dediqué.

Y al blando murmullo
 Del céfiro errante,
 Con voz delirante
 Tu nombre invoqué.

Tu márgen florida
 Mi canto escuchaba,
 Y al eco mandaba
 La voz de los dos:
 Tus ondas azules
 Mandaban su lloro,
 Y en cunas de oro
 Sus ninfas en pos.

Mas ¡ay! que pasando
 Mis años de niño,
 Perdí tu cariño,
 Perdí tu arenal,

Y ya están marchitas
 Las frescas guirnaldas,
 Que puso en tus faldas
 Mi mano fatal.

Sin paz ni sosiego
 Contemplo tus ondas,
 Peinando tus blondas
 Riberas de miel,

Y envidio las sartas
 De perlas divinas
 Que cuajan tus minas
 De rosa y clavel.

Admiro envidioso
 Los blancos ganados,
 Beber tus helados
 Cristales en flor,

Y tierno contemplo
 Las aves pintadas,
 Beber agitadas
 Tus ondas de amor.

Y tanto he perdido
 Mi patrio Almendares!
 Antiguos hogares,
 También los perdí!

Corrientes hermosas,
 Miradme serenas,
 Divinas arenas
 Piedad ¡ay de mí!

¿Cuál fué mi delito, rival de los rios,
 Que enfrenas tus ondas de plata y azul,
 Y dejas que llore tus rudos desvíos
 Al pié de tu esbelto y coposo abedul?

¿Acaso por celos bullendo quisieras
 Mi marcha, de Cuba dichosa impedir;
 O bien tus nayades de rostro hechiceras
 Temblaran yo viese el Guadalquivir?

No fué mi regalo, no fué mi arrogancia
 Quien mísero y triste de tí me alejó;
 Tan solo el destino cruel en mi infancia
 El lazo de entrambos violento rompió.

Yo ví lagos como mares
Y ríos tan caudalosos,
Que sus cristales undosos
Le dieran envidia al sol:

Y ví sus mojadas frentes
Teñirse de ópalo y grana,
Dando gala á la mañana
Y á las tardes arrebol.

Mas no oí por tus orillas
El susurro de tus pinos,
Ni ví los corales finos
De tus playas de azahar:

Ni las piñas deliciosas
de tus altos cocoteros,
Ni los penachos ligeros
De tu fúlgido palmar.

Cuéntame tu llorando
Si las crespas corrientes de los mares,
Besando tus palmares

A tus playas trajeron murmurando,
Las revoltosas olas
De las distantes playas españolas.

Cuéntame si mintiendo
Alguna ninfa que voló en su espuma,
Te fué triste diciendo
Que yo olvidaba de tu fresca bruma,
La clara transparencia
Bálsamo halagador de mi inocencia.

Mas ¡ay! calle tu lábio,
Río espumante de arenillas de oro,
Que en vano puede tu tranquilo lloro
Calmar mi pena y mi doliente agravio.

Cabe tu orilla en mis niñeces; cuando
Tus frescas aguas ondear veía
Con noble sentimiento murmurando
Tus ondas repitieron mi alegría.

Ambos á dos nos mentimos,
 Pues nuestro destino es loco;
 Lloramos porque nacimos,
 Y por mal nuestro vivimos
 Teniendo la vida en poco.

Aunque tan fieros enojos
 Me matan de noche y día,
 Quiero que miren mis ojos
 Los vivos claveles rojos
 Que ciñen tu márgen fría.

Y quiero que tus cristales
 Empañen con sus raudales
 El brillo de mi pupila,
 Con las lumbres celestiales
 Que el sol en tu seno apila.

Vosotras, guajiras bellas,
 Que habitais el verde llano,
 No repitais mis querellas,
 Que el aura por recogellas
 Vate su vuelo liviano.

Y puede que lastimada
 De veros tan afanosas,
 La limpia corriente invada
 Y ¡ay! de la flor colorada
 Que vive y crece entre rosas.

Tuerce tus aguas divinas,
 Y al son de la mar en queja,
 Tu limpia y suave guedeja
 De las flores purpurinas
 Sacude y en paz las deja.

Que al resbalar de tu frente
 Las guirnaldas de azahares
 Junto á tu limpia corriente,
 Yo miraré tristemente
 Tus ondas ir á las mares.

Y dile al mar, que en tu ribera hermosa
 Llorando queda tu infeliz amigo;
 Que adios le mando y con la faz llorosa
 Le ruego parta su poder contigo.

A LUISA.

SONETO.

Al despuntar la aurora en el Oriente,
Miré que los arpados ruiseñores,
Desde el tallo flexible de las flores,
Cantaban tu natal alegremente:

Arrebatado de entusiasmo ardiente
Y hurtando al rojo sol sus resplandores,
Pulsé mi lira en tonos vibradores
Para cantarte un himno reverente;

Mas ¡ay! que en vano sus bordones de oro
Mi vacilante mano recorría.....
Mudo quedó su diapason sonoro:

Recuerdos de amistad gozada un día,
Y de un pobre cautivo al tierno lloro
Gime en vez de cantar el harpa mia.

TRISTEZA.

Derrama en su dolor llanto de enojos
La triste vida, que en tormenta dura,
Solo huella en su amarga desventura
Campos de soledad:
Cuando se encienden de llorar los ojos
Y deslizan sus lágrimas furtivas,
Que ruedan como perlas fugitivas
Por una inmensidad.

Tú que solo penetras de mi pecho
 El torcedor fatal que me devora,
 Conoces bien, Señor, hora por hora
 Mis días de aflicción.

Huyó la paz de mi abrasado lecho,
 Huyó el sueño del párpado encendido,
 Y en su cárcel exhala su gemido
 Doliente el corazón.

Sufriendo sin cesar rudo tormento,
 Pálida y triste la existencia miro;
 Y en mis horas de angustia solo aspiro
 A la eterna quietud.

Recoge, Señor Dios, mi pensamiento,
 Mi humilde ruego tu piedad acoja,
 Ya que deshecha en flor, hoja por hoja
 Se ve mi juventud.

El rojo sol, al despuntar de Oriente,
 Se sorprende al mirar mi horrible duelo;

Para su curso en la mitad del cielo
 Con noble magestad:
 Y ocultando su disco refulgente
 Entre las nubes de amaranto y rosa,
 Huye, dejando á mi existencia odiosa
 Nieblas y oscuridad.

Huye, sí, ¡astro inmortal! de la fortuna
 Emblema, y del placer y los amores;
 Que á un alma traspasada de dolores
 La luz la hace sufrir:
 Al tibio rayo de amarilla luna
 Exhalaré mi triste pesadumbre,
 Pidiendo solo á su apacible lumbre
 Me deje en paz morir.

Perdida ya la luz del alma mía,
 Doblo mi frente al peso del destino.

¡Ay! quién podrá seguir al peregrino

Sin luz y sin hogar!!!

¡Pobre viajero! cuando Dios quería

El eco de mi voz era tu estrella.....

¿Por qué perdistes su fulgente huella

Y limpio rielar?

¡Oh! cuantas veces á su luz querida

Bañé mi aliento con su puro aliento,

Y ansioso el lábio con amor sediento

Bebió felicidad:

Felicidad..... felicidad perdida.....

¿Por qué me oprimes con tu mano ruda?

¿Por qué en los pliegues de tu misma duda

Me hieres sin piedad?

Este mal, esta inmensa desventura

Me hiere el pecho y asesina el alma;

Muerta ya la ilusion, sin luz ni calma,

¿Dónde está el porvenir?

Sí, ya pasó mi juvenil locura

Y muerta vive la esperanza mia;

En estas horas de tristeza impía

Pido solo morir.

Y tú, ángel de mis últimos amores,

Tiende tus alas y remonta el vuelo,

Deja que lllore en incesante duelo

Mi bárbara orfandad.

Mi llanto, como lluvia en muertas flores,

Hará brotar del polvo una memoria

Que te recuerde mi perdida gloria

Allá en la eternidad.

Mas ¡ay! la cárcel que en continuo lloro

Mi enfermo corazon, mísero habita,

En son dolido á mi esperanza grita

Que en vano triste compasion imploro.

Perdida para mí la luz que adoro,
Y de mis glorias la ilusion marchita,
En lago de pesar, voga y se agita
La pasion vergonzosa que deploro.

Esta ánima infeliz, nido de penas,
Quiere romper los terrenales lazos
En busca de otras horas mas serenas.

Recíbela, Señor, entre tus brazos,
Como nave que rotas las entenas
Se salva destrozada en mil pedazos.

A LA MAGDALENA.

SONETO.

Perdida la color, mústio el semblante
Y tendida la undivaga melena,
Del Calvario á los piés la Magdalena,
La Cruz estrecha al seno palpitante;

Allí, mirando su enclavado amante,
Dobla la frente, y de amargura llena,
Repite desolada en honda pena
Aquel *Lanma* con lábio agonizante.

Ella, llorando con dolor profundo,
Perlas brotaban de sus tristes ojos
Ardiendo en un volcan de inmenso duelo.

El Cristo que yacía moribundo,
Al verla sollozar, puesta de hinojos,
La cabeza inclinó, volando al cielo.

RECUERDOS DE AMOR.

Hartos días mi lira silenciosa
Ni un recuerdo de amor te dirigía,
Y acrecer melancólico sentía,
La doble angustia de un perdido amor.
Por las tardes, tranquilo, recostado
En el tronco robusto de algun pino,
Si ensayaba algun canto repentino,
Era de pena y de eternal dolor.

Hartos dias sin paz y sin ventura,
 Cuando la brisa murmuraba errante,
 Buscó mi pensamiento delirante
 Consuelo y paz y venturanza en tí.

Ni los valles hermosos me alegraban,
 Ni tampoco el susurro de las fuentes,
 Ni las frescas, clarísimas corrientes
 Del rico y pintoresco Yumurí.

Una tarde de abril, encantadora
 Como el suspiro de una vírgen pura,
 De mi existencia trabajosa y dura
 Lamentaba la mísera opresion.

El canto peregrino de las aves
 Mis antiguos dolores despertaron,
 Y mis ojos al punto derramaron
 El llanto abrasador del corazon.

La hermosa tarde con sus ricas galas
 Y el fresco ambiente de la selva umbría,

Arrojaban torrentes de armonía,
 De luz y de divina inspiracion.

Suspensa el alma, de misterios llena,
 Estremecida de placer se inspira,
 Y pulsa ardiente la inacorde lira
 Dando á las auras su inspirado son.

Y al punto te canté, bella entre bellas,
 Vírgen de Cuba, para amar nacida;
 En sus frescos vergeles la escogida,
 Diosa de la hermosura y el placer:

Por tí mi pecho suspirando amores
 Dará tu nombre en soledad al viento,
 Por tí del bosque al rudo apartamiento
 Para abrazar tu sombra he de correr.

Mas bellos que los campos y las flores
 Son tus ojos, tus lábios y tu risa;
 Mas suave que el perfume de la brisa,
 El ámbar de tu boca es para mí.

Tu frente misteriosa desordena
 Del sol ardiente los purpúreos rayos,
 Y tus largos cabellos en desmayos
 Son las hebras lucientes de una hurí.

¡Cuántas veces mi mente enardecida
 Buscó tu rostro en el azul del cielo,
 Y te ciñó del querubin el velo,
 Y en tí cifró su misteriosa fé!

¡Y cuántas en mi férvido delirio
 Y en alas de tu amor sublime y santo,
 Cabe las orlas de su rico manto
 Besé la huella de tu blanco pié.

Cual suele el arroyuelo sosegado
 Desatar el cristal de tu corriente,
 Y en su espejo sonoro y transparente
 Las flores de su márgen retratar,

Así mi corazón enardecido
 De la lira los sonos arrebató,

Y en versos cadenciosos te retrata
 Vírgen de Cuba y del rizado mar.

Quizá algún día ¡oh vírgen de los valles!
 Si al márgen vas de mi paterno río,
 Viendo de un sáuce, entre el ramaje umbrío
 Pendiente un melancólico laud,

Tal vez le cubras con tu blanco velo
 Esclamando en la fé de tu plegaria:
 Ya está callada el harpa solitaria
 Que cantó mi hermosura y mi virtud.

EL PESCADOR.

Voga, voga pescador
En tu ligera barquilla
De las ondas al rumor,
Que allá en la cercana orilla
Te espera tu dulce amor.

Voga las ondas rizando,
Sin pensar en tu destino;
Y cual triste peregrino
Pasa las horas contando,
De tu insondable camino.

Y ríe de la fortuna
Que misteriosa, importuna
Tu sencillo corazón,
Mirando en la clara luna
Tu faro de salvación.

En las ondas de los mares
Que el viento riza en su halago,
Suelta tus libres cantares,
Como el cisne que en el lago
Llora sus tristes pesares.

Pescador, dí: ¿por ventura,
Cuando tú vogas cantando,
No recuerdas con tristura,
A la Virgen que llorando
Del dolor la copa apura?

¿No recuerdas el lamento
Del que encarcelado llora,
Y fijo su pensamiento
Amargamente devora
La hiel del remordimiento?

¿Cuando la argentada luna
Riela en el alto mar,
Recuerdas otra fortuna,
O te atormenta el pesar
De tu miserable cuna?

¿Sientes tal vez el dolor
De tu vida oscura y triste,
O el recuerdo punzador
De la virgen que perdiste
En tus ensueños de amor?

¿No te asustan los bramidos
De los vientos desatados?
¿No fatigan tus oídos
De la mar los alterados
Montes de espuma temidos?

¿Por qué vogas sosegado
Cuando divisan tus ojos
El cielo, que encapotado,
Eclipsa los rayos rojos
Del sol, de nubes preñado?

Oyendo la mar que ruge,
 Pescador, lloré á mis solas,
 Pensando que al recio empuje
 Tu pobre barca, si cruje,
 Serás pasto de las olas.

¡Pobre pescador! En vano
 Miras las claras estrellas,
 Con tus redes en la mano:
 Nunca trocarás las huellas
 De tu destino tirano.

Y en tu vírgen fantasía
 Siempre á tu Dios invocando,
 La mar horrenda y bravía
 Irá tu barca llevando
 A dar en la roca fría.

¿Por qué triste te abandonas
 A merced del ancho mar,
 Y á las espumas perdonas
 Sin quererlas azotar?

En vano tu pensamiento,
 Sin doblez y sin mancilla,
 Deja en las alas del viento
 Tu dulce oracion sencilla.

¿Piensas pescador querido
 Que siempre está en calma el mar?
 Pescador, pónete á vogar;
 Que me asusta su bramido:

En nubes de mil colores
 Huye tristísimo el día,
 Y el sol en su tumba fría
 Oculta sus resplandores,

Y entre cortinas de bruma
 Vánse sombras dibujando,
 Las nubes amontonando
 Sobre montañas de espuma.

¿No ves magestuoso y grave
El sol en el horizonte,
Trasponerse como el ave
Que busca el repuesto monte?

Y tú, pescador querido,
Con tus redes en la mano,
Vogas orando cristiano
A la Virgen del Olvido.

Y lejos de tu ribera,
De tus hijos y tu esposa,
Burlas la mar espumosa
Sin pensar que es loca y fiera.

Mas ¡ay! pescador, en calma
Quien ¡ay! de la mar se fia,
Y en sus espumas confía
La salvacion de su alma.

Pescador, huye la mar
Que ya silba el viento airado,
Huye del mar encrespado;
Pescador, pónle á vogar.

Alza los ojos con mortal tristeza
El pobre pescador al negro cielo:
La noche estiende misterioso velo,
Silba el viento con bárbara rudeza,

Levanta el mar sus ondas con fiereza,
Y en tan supremo y borrascoso duelo,
El pescador vogando sin recelo
Conduce su barquilla con destreza:

Un vago sentimiento, una esperanza
Su pecho alienta, y en su frágil pino,
Ni teme el mar, ni el huracan que avanza;

Y fiado en los brazos del destino,
Busca solo la luz que, en lontananza,
Guía su rumbo con fulgor divino.

LA MAÑANA.

Cuán bella la mañana con su brisa
Sonríe en el abril á la pradera,
Solicita, anhelando y placentera
De la galana flor, la blanda risa
En su beldad primera.

Las gotas tembladoras del rocío
Cuajan de perlas la sonante rama,
Y el fino manto de mullida grama,
Que será luego gala del estío,
De viva luz recama.

Alegre el pardo ruiseñor gorjea,
 La tórtola arrullando nos conmueve,
 Y la hoja del árbol que se mueve
 Al viento que la besa y la desea
 Perlas y aljofar llueve.

Las copas de los árboles frondosos
 Se inclinan á su plácida venida,
 Y del monte la nieve derretida
 Da al río los raudales abundosos
 En que bebe la vida.

Las ovejas y tiernos cervatillos
 Con sus roncós balidos lastimeros,
 Saltan de cerca en cerca, y placenteros
 Los toros amansados y novillos
 Recorren los linderos.

Al limpio rielar de clara fuente
 Pasó á paso la aurora se avecina,
 Pinta las ondas con su luz divina,
 Y al beso regalado del ambiente
 Su tierno rayo inclina.

La flor nacida en la empinada loma
 Del sueño despertando de la noche,
 Rompe su rico misterioso broche,
 Y esparciendo en el aire grato aroma
 Perfuma su albo coche.

El descansado labrador entona
 Su sencilla plegaria á Dios del cielo,
 Y tornando la vista al fértil suelo
 La blanda luz y esplendidez pregona
 De su diáfano velo.

El aire que embalsama la pradera
 Dulce refresca la adormida frente,
 Y en las puertas doradas del Oriente
 Su rubia y aromada cabellera
 Perfuma el manso ambiente.

Con plácido desmayo va estendiendo
 Su limpio rayo de color de rosa,
 Fulgurando su gala misteriosa
 La nube que en sus alas va meciendo
 El aura vagorosa.

Partido el horizonte en mil espejos
 Las nubes toca con sus rayos de oro,
 Y el mar tranquilo con su dulce lloro
 Irradia sus bellísimos reflejos
 Y mágico tesoro.

Las aves lanzan melodiosos trinos,
 Suspira en el vergel la flor hermosa,
 Se pinta el cielo de amaranto y rosa,
 Y murmuran los ríos cristalinos
 Su música armoniosa.

Busca el bruto su dócil compañera,
 Las aves dejan su caliente nido,
 Salta del lecho el hombre adormecido
 Y se embriaga en el aura placentera
 Del campo bendecido.

Y cuando sale derramando ardores
 De su áurea tumba el lumínar del día,
 Del bosque hojoso á la llanura fría
 Brotan los campos, pájaros y flores
 Raudales de armonía.

Mas toda esa belleza que enamora,
 El cielo azul y sus luceros rojos,
 No puede contemplarse por mis ojos
 Sin que la hermosa que mi pecho adora
 No me lo tenga á enojos.

A CUBA.

Dejad que cante de entusiasmo lleno
Los ricos campos de la patria mia,
Eden de amor, de gloria y poesía
Que el sol fecunda espléndido y sereno:

Esos campos de eterna primavera
Vestidos de bejucos y de flores,
Que matizan con fúlgidos colores
El verde bosque y la gentil pradera,

En donde el hombre canta su ventura
A la sombra de palmas y de sauces,
Que bañan blandamente con sus cauces
Corrientes aguas de eternal frescura;

Donde saltan los rios murmulantes
Al lado de las fuentes peregrinas,
Cuajándose en sus linfas cristalinas
Perlas bellas y límpidos diamantes;

Donde despierta la risueña aurora
Derramando las gotas del rocío,
Mientras ardiente luminar, tardío,
Levanta el sol su frente abrasadora;

Donde ríe la tarde silenciosa
Tiñendo de oro y de purpúrea grana,
La blanca nube que se mece ufana
Entre lechos de nácares y rosa;

Donde llega la noche embalsamada
Con su corte de nítidas estrellas,
Y el céfiro murmura sus querellas
Del silencioso bosque en la enramada.

Alzase allí la luna fulgurante,
De rayos melancólicos ceñida,
Como una virgen que al placer dormida,
Se abandona en los brazos de su amante:

Y al quebrarse con lánguidos desmayos
Sobre lechos de violas y yagrumas,
El mar alza sus cándidas espumas
Al blando beso de sus límpidos rayos.

¿Quién entonces no siente dilatarse
Su corazón, y de mi patria hermosa,
No siente la existencia deliciosa
Entre mirtos y aromas deslizarse?

Cuánto valen, América, tus campos,
De eterna primavera blando nido,
Que nunca azota el cierzo enrarecido,
Ni de la nieve frígida los ampos.

Al rayo de tu sol vivificante
Cobra vida y aliento lo creado,
Y al fuego de tu disco abillantado
Natura ostenta su beldad radiante.

De tus rayos y vívidos calores
Se alimentan los bosques seculares;
Pintan tu luz las ondas de los mares,
Pintan tu luz los pájaros y flores.

La inmensidad de los tendidos llanos,
Siempre cubiertos de eternal verdura,
Ostentan orgullosos su hermosura,
Sus ricas frutas y sabrosos granos.

Cuánto place en las vegas adormido
Escuchar el sinfónico sinsonte,
Antes que vuele al apartado monte
Donde fabrica su caliente nido.

Cuánto el alma tranquila se conmueve
Al ver el lindo colibrí saltando,
En los pistilos de la flor libando
El dulce humor que de su cáliz llueve.

Y cuántas veces del placer llevada
El alma libre de temor y pena,
Alza su vista á la region serena
De santa unción y de virtud bañada:

Y entre las moles de flotantes nubes,
Siempre pintadas de amaranto y oro,
Cree escuchar el armonioso coro
De las arpas que tañen los querubes.

Todo respira celestial contento,
 Mueven las brisas sus hermosas alas,
 Ornase el suelo de brillantes galas,
 Todo es luz y esplendor el firmamento,

La fuente llora y el vergel suspira,
 Canta el ave tranquila en la enramada,
 Y al aliento del aura embalsamada,
 Contento el corazon, libre respira.

¡Cuba! ¡Cuba! mi lira te canta:
 En tu suelo feliz he nacido,
 Y tu nombre á mi nombre vá unido
 Como al cuerpo el aliento vital.

Yo discanto tus limpias riberas
 Y tus rios de claras corrientes,
 Yo bendigo tus suaves ambientes,
 Yo saludo tu estrella inmortal.

Por tus campos de cañas y flores
 Agitados con suave murmullo,

De las brisas oyendo el arrullo,
 De mi lira las cuerdas templé,
 Y bañado en tu aliento divino
 Inspirada mi mente se inflama,
 Y si aplaude mi gloria la fama,
 Enlazada á tu gloria veré.

Cuán hermosa y cuán bella en tus ojos
 Se refleja la cándida aurora,
 Que tus plantas y ceibas colora
 De torrentes de luz y arrebol:
 Cuán hermosa tendida en las ondas
 De tus mares cuajados de perlas,
 Te iluminan los rayos que al verlas
 Manda ardientes el fúlgido sol.

Jóven, bella, tranquila y risueña,
 Impasible á la gloria, tus ojos
 No se nublan al ver los antojos
 Del que anhela tus gracias gozar,

Y si acaso molesta tu oído
Y sus manos impuras levanta,
Iracunda sumerges la planta
En tu régia mansion de la mar.

Cuánto vale tu espléndida veste
Salpicada de grana y zafiros,
Cuánto valen tus tiernos suspiros
Y tu boca color de rubí.

Cuánto valen los suaves aromas
Y tus dedos teñidos de rosa,
Cuánto valen ¡oh Cuba dichosa!
Tantos dones de amor para mí.

No por cierto, la Europa te arranca
Tus palmares, tus cañas y flores,
Ni te escede tampoco en amores,
Ni te iguala en valioso confin.

Tu mirada soberbia divisa
Del Oriente las naves ligeras,

Y les brindas tus verdes riberas
De riquezas veneros sin fin.

¿Qué te importa que rujan los vientos
Y destrencen tu rubia guedeja,
Si flotando de lejos semeja
La bandera de un pueblo inmortal:

Qué te importa que salten las ondas
Y salpiquen tu manto de nieve,
Si tus campos el aura conmueve
Y su aliento les dá germinal?

¿Qué te importa que fuertes bajeles
Acaricien los plácidos mares,
Y saluden tus régios palmares
Con envidia y ternura á la vez,

Si tú, firme, desprecias su halago
Y desoyes el flebil acento,
Que arrollando las ondas y el viento
De tus glorias celebran la prez?

Si sintieras, cual siento en el alma,
Un volcan abrasante de fuego,
Ni la mar, ni los vientos, ni el ruego,
Cuba hermosa, te hicieran temblar;

Que ella sola frenética basta
Para darte el tormento terrible,
Que consume su esencia en horrible
Fuego inmenso que siento brotar.

¡Virgen Cuba! Otra lira mas rica
A tus aves robando los trinos,
Cantará tus gloriosos destinos,
Tu hermosura y tu gala inmortal;

Pero al menos concede al poeta
Que hoy te canta una dulce mirada,
Y al morir, que su tumba ignorada
Bañe el rayo del sol tropical.

A LA LUNA.

Cuán bella y suave, la luna en el cielo

Desplega su velo

De nívoo color:

Su disco oscurece las claras estrellas,

Que esmaltan y siguen sus límpidas huellas

Llorando en silencio su estinto fulgor.

La nube que á impulso del céfiro leve
 Su rostro de nieve
 Pretende besar;
 Deshace sus limpios vellones de bruma
 Cual fiero deshace la cándida espuma,
 El remo que azota las ondas del mar.

Las flores que mecen en sueño apacible,
 Su tallo flexible,
 Se ven sonreír;
 Y exhalan del cáliz, que encierra primores,
 Suspiros bañados en suaves olores
 Que el aura afanosa desaparece al morir.

Señora del cielo, recorre serena
 La atmósfera llena
 De pálida luz,
 Alumbra los campos, las nubes colora
 Y débil su rayo fantástico dora
 La gótica torre dó se alza la Cruz.

Sublime iluminan sus rayos hermosos
 Los bosques frondosos
 Y llanos sin fin:
 Riela en la fuente sus hilos de plata,
 Y espléndida tiende y hermosa dilata
 Su imágen en lechos de nieve y carmin.

Sonriendo de amores la tierra embellece,
 Que el seno estremece
 De gozo y placer;
 Sus auras el bosque le dá con ternura,
 El limpio arroyuelo le dá su frescura
 Y aljofar le brinda la aurora al nacer.

Ardiendo de celos, los astros suspiran
 Y tímidos giran
 Sin luz ni color;
 Las altas montañas comprenden su duelo
 Y envuelven sus rayos en mantos de hielo,
 Creyendo que aumentan su tibio fulgor.

¡Qué hermosa en la noche sus luces destella;

Qué mágica y bella

Ostenta su faz;

Cuán dulce recama las pálidas flores

Y vierte en silencio sus ricos fulgores,

En noche tranquila de amor y de paz!

Sentado en la orilla del mar que rugia,

La pobre alma mía

Su luz adoró;

Y estático y mudo bendije llorando

El cóncavo espejo que terso brillando,

Mi frente de rayos hermosos ciñó.

Y alzando mis ojos, su régia pupila,

Que rayos oscila,

Los hizo bajar;

Y trémulo y triste, con mano temblosa,

Pulsé de mi lira la cuerda armoniosa

Suspenso entre el cielo y la tierra y la mar.

¡Oh luna! Si un rayo de lumbré divina

Mi mente ilumina,

El himno de amor

Que entono á tu gloria, celeste viajera,

Será tan eterno, cual lo es en la esfera

Tu disco argentado, tu claro fulgor.

EL ANGEL CAIDO.

Esa que veis con tan soberbio atuendo
Por la tarde, la noche y la mañana,
Con ricos trajes de color de grana
Los dulces goces del amor cumpliendo;
Esa que veis que lujuriosa y vana
Como dorada mariposa huyendo,
Derrama de sus alas peregrinas
Flores de amor, y de ilusion divinas.

Esa es de todos la mujer hermosa
 Que dando al mundo su turgente seno,
 Oculta entre su esencia vaporosa
 Fuente perenne de eternal veneno;
 Dulce sirena que con voz melosa
 Convida al alma á su vergel ameno:
 Do quier dulzura, por do quier amores
 Siempre brotando su vergel de flores.

Esclava de su loca fantasía
 Destrenza por la espalda sus cabellos,
 Y rebosa chispeante la alegría
 De sus lábios pintados, aunque bellos.
 La copa del placer entre la orgía
 Apura sin cesar, y á los destellos
 Brillantes y encendidos de la aurora,
 Su rostro esconde y al amante implora.

¡Qué bella, en su niñez con galanura
 De pudor y virtud y sin recelo
 Ostentaba su gracia y su dulzura,
 Sus bellos ojos de color de cielo:

Qué bella, con su mágica hermosura
 De la noche esperaba el denso velo,
 Gozando en ella ensueños seductores,
 En su madre pensando y sus amores!

O bien sentada, en actitud tranquila
 Cabe una mesa de robusto pino,
 Fijaba trasparente su pupila
 En la tela que obraba de continuo.
 Y agena de dolor, solo vacila
 Oyendo el eco triste y peregrino,
 Con que el címbalo ronco clamoarea
 Por el que muere en la cristiana idea.

Los hermosos abriles de su vida
 El sol de la esperanza iluminaba,
 Y el goce impuro de ilusion mentida
 Con sus lípidos rayos disipaba;
 La torpe liviandad de oro vestida
 La paz de su aposento no turbaba,
 Y en sus pompas el mundo embebecido
 Su temprana beldad dejó en olvido.

Las claras fuentes con murmullos suaves
 Sus ricos pensamientos distraían,
 Y de los cielos las pintadas aves
 Sus cantos armoniosos la ofrecían.
 Las blancas silfas con doradas llaves
 Hojas y flores á su paso abrían,
 Y corriendo tras sueltas mariposas
 Eran sus años de color de rosas.

Sola en el mundo, sus ardientes ojos
 Miraban el azul del firmamento,
 Siempre velado en nubarrones rojos
 Que abrumaban su triste pensamiento.
 Que en medio de sus fêrvidos antojos,
 De su dolor y huêrfano aislamiento,
 Eran sus ricas ilusiones bellas
 Leer su porvenir en las estrellas.

Su vida entonces de inocencia y flores
 Al trasponerse la amarilla tarde,
 Como ave que se oculta á los fulgores
 De luz artificial que viva arde,

En su apacible hogar ¡ay! sin amores
 Su dulce y bella juventud cobarde,
 Ocultaba su faz á las miradas
 En impuros deseos abrasadas.

¡Dichosa tú, mujer! ángel, quisiste
 Plegar tus alas sobre el duro suelo,
 Y angélica y modesta, el íris fuiste
 Del alma tierra virginal modelo.
 Al soplo helado de la brisa viste
 Tus puros goces remontarse al cielo,
 Quedándote en la tierra sin mancha,
 Serafin en grandeza y maravilla.

Ebria de amor y rica de ilusiones,
 Cruzaron como en óptico paisaje
 Por su mente fantásticas visiones
 Envueltas en magnífico ropaje;
 Agitaron su seno las pasiones,
 Halló mezquino su modesto traje,
 Sus claros ojos revolviendo airada
 En derredor de su infeliz morada.

¡Pobre mujer! La devorante idea
De otro mundo á su ser desconocido,
Cual vuelo de relámpago serpea
Incendiando su espíritu dormido;
Su débil corazon delicias crea,
Y al ver su rostro de dolor perdido,
Lágrimas vierten sus azules ojos,
Del alma cruelísimos despojos.

¡Desgraciada mujer! Corra tu llanto,
Pues voy al mundo á descifrar tu historia;
Corra en buen hora, que tal vez á espanto
Mueva á quien cuento tu pasada gloria;
Débil, apenas mi doliente canto
Riendas dar puede á mi infeliz memoria,
Que tiembla al recordar las alboradas
De tantas ilusiones marchitadas.

Los dias puros de su abril pasaron,
Sus noches fueron de eternal tormento,
De sus ojos serenos se apagaron
Los brillos celestiales del contento,

En vano sus gemidos sofocaron
Los gritos del lascivo pensamiento,
Que el crimen entre flores descubria,
Acechando la presa que sufria.

Al propio tiempo criminal deseo
Su razon vacilante perseguia,
Y encendido su lábio, el devaneo
De su inesperta juventud vencia;
De soñada ilusion el clamoreo
Do quier miraba, por do quier sentia,
Y en fiebre ardiente su agitada mano
Tocó la senda del placer mundano.

Yo la ví entonces sin cesar buscando
La limpia fuente que en el valle ameno,
Iba las penas y el dolor calmando
De su lascivo y agitado seno;
Yo la ví su desgracia lamentando
Y el pobre corazon de culpa ageno,
Con faz llorosa enternecer las flores
Y el viento suspirar ¡ay! sus dolores.

Mas ¡ay! por su desgracia y desventura
 Gentil mancebo, con astuto lábio,
 Admirando su gracia y su hermosura
 Amor le pinta con discurso sábio:
 El fuego abrasador de su locura
 Disipa del pudor temido agravio,
 Y loca la infeliz, sin paz ni freno,
 Miró al amante y lo estrechó á su seno.

Las horas sucediéronse á las horas,
 En pos vinieron los ligeros días,
 Las dulces ilusiones seductoras
 Mataron sus ardientes fantasías;
 Las imágenes de oro encantadoras
 Huyeron al rumor de las orgías,
 Y frenéticos, ambos maldijeron
 Los dulces goces que de amor tuvieron.

El antiguo esplendor de la doncella
 Hórrido el vicio sepultó en su lodo,
 Y el bello nombre de la vírgen bella
 El aura popular trocó en apodo.

Do quiera imprime su indecisa huella
 La insulta el hombre, que á la fin beodo,
 Pone su lábio, que el placer irrita,
 Sobre el cadáver de su faz marchita.

Las gentes se amontonan en oleadas,
 Y punzan al beodo, que maldito,
 Con violentas terribles carcajadas
 Le arroja en cara su infernal delito.
 La mísera, rehuyendo sus miradas
 Implora compasion, y de hito en hito,
 A Dios levanta sus dolientes ojo's
 Brotando sangre de sus labios rojos.

¿Dónde hallarás á tu afliccion consuelo,
 Pobre paloma del vergel perdida?
 En vano tiendes el pesado vuelo
 Manando sangre de la abierta herida;
 No puedes ya buscar el claro cielo
 Que reflejaba tu inocente vida,
 Y en tanto afan y en tan horrible angustia,
 ¿Dónde reclinarás tu frente mística?

¡Pobre mujer! El insensato mundo
 Grabará con baldon sobre tu frente
 El sello del desprecio mas profundo
 Dejándote llorar indiferente:
 De tu dolor el manantial fecundo
 No agotará tu asolador torrente,
 Y tu pasado y tu presente historia
 Unidas ambas cubrirá de escoria.

Mas hay en la desgracia y desventura
 Un consuelo tan suave y peregrino,
 Que endulza de la vida la amargura,
 Sembrando de esperanzas el camino,
 Como la fuente saludable y pura,
 Como el sol en el cielo cristalino
 Infunde al corazon aliento y calma
 Rasgando el velo que ofuscaba el alma.

Quizá dolido de tu pena el Cielo
 Te brinde un puerto donde hallar reposo,
 Donde la fuente de tu inmenso duelo
 Agote su raudal impetuoso;

Donde llegues agena de recelo
 Ante la planta de tu Dios piadoso,
 Y allí confieses tu infernal delito
 Con limpia boca y corazon contrito.

Cual otra Magdalena arrepentida,
 Tal vez recobres la fragante esencia
 Que voló de tu alma corrompida
 Al rasgarse el cendal de tu inocencia:
 Y en el espejo de tu nueva vida
 Reflejando desnuda tu conciencia,
 La mano de tu Juez Omnipotente
 La mancha borre que infamó tu frente.

¡Hasta los piés de tu brillante trono
 Vuele mi ruego y mi insonoro canto...
 Acoge tú, Señor, en su abandono
 A esa pobre mujer que pecó tanto:
 Y si del mundo el implacable encono
 Se mofa de su pena y su quebranto,
 Yo en su defensa, á tu justicia acudo...
 ¡Dios de inmensa bondad!!! Sé tú su escudo.

CONSEJOS.

Escuchadme, niñas bellas,
No creais en el amor,
Pues es como el resplandor
De las nocturnas estrellas;
Y no escuchéis sus querellas
Ni sus falaces acentos,
Porque en alas de los vientos
Ciego, y volando sin tino,
Puede orlar vuestro camino
De penas y sufrimientos.

En este mísero suelo
Solo debemos amar,
A la Virgen en su altar,
A Dios, en su altar del cielo:
Lo demás es vano anhelo
Que la mente con ternura
En sus delirios figura;
Y por eso, niñas bellas,
El mentir de las estrellas
Es una insigne locura.

El amor es un delirio
Que enardece la razón,
Y á todos sin distinción
Hace sentir su martirio;
Luz fosfórica de un cirio
A todo viento vacila,
Y con tal fuerza aniquila
En su bárbaro despecho,
Que le da más fuego al pecho
Que el fuego que el Etna apila.

No penseis, niñas hermosas,
Sea yo tan valadí,
Que iluso condene aquí
Las pasiones amorosas.
Bajo sus alas de rosas
Cobia amor la belleza,
Colma la humana grandeza,
Y cielo, tierra, ave y flor
Existen por el calor
Que da á la naturaleza.

Cuando el amor es el fruto
De lo santo y de lo bello,
Adoradlo cual destello
De un celestial atributo.
Desconfiad del amor bruto
Que enloquece y asesina,
Porque es una aguda espina
Clavada en el corazón,
Que envenena la razón
Y al alma vuelve mezquina.

Pero si el amor es santo,
 Ideal, puro y hermoso,
 En el seno pudoroso
 Abridlo sin espanto:
 Disfrutad su dulce encanto
 Sin temor ni desconfianza,
 Y en célica bienandanza
 Y de sus dichas en pos,
 Llevad al trono de Dios
 Vuestra cándida esperanza.

ARREPENTIMIENTO.

Diré al mundo mi amarga desventura,
 Y mi dolor tirano;
 Los sueños y las eras de ventura
 Que fabricó mi mano.

Diré mis años, al placer vendido,
 Y la postrer angustia,
 Que habiendo el alma y corazon partido
 Tornó mi frente mística.

Las ricas ilusiones de mi vida
 ¿Qué fueron sino abrojos,
 Ponzoñosa maléfica bebida
 De todos mis antojos?

Sin freno de deber, mi pensamiento
 Buscó la dicha, impío,
 Y huí del virtuoso sentimiento
 Como del monte el río.

La negra tempestad, el mar bramando,
 Los fieros aquilones,
 Siempre sirvieron de juguete blando
 A todas mis pasiones.

El casto seno de la vírgen bella
 Miré como de barro,
 Y sordo mi sentido á su querella
 La sujetó á su carro.

Mi corazon, estéril como un yermo,
 Codicia solo el oro,
 Y lánguido suspira si está enfermo
 Por solo su tesoro.

Cuantas ternuras en el alma habia
 Cegué con risa loca,
 Siempre mintiendo con atroz falsía
 Mi seductora boca.

Quizá pensé á ramera licenciosa
 Alzar de amor un trono,
 Mientras dejé á la vírgen candorosa
 Llorar en su abandono.

La dulce copa del licor chispeante
 Hidrópico bebia,
 Y el carro fatigaba delirante
 De mis glorias de un día.

A montones mis torpes secas manos
 El oro recogieron,
 Y poblados de míseros gusanos
 Mis dedos se pudrieron.

Sin fe, sin religion, sin esperanza
 Viajé por todo el mundo,
 Y en el festin y bulliciosa danza
 Mi hastío era profundo.

Mucho pecó, Señor, en esta vida
 Mi corazón de risco;
 Por eso cual oveja desvalida
 Busco el celeste aprisco.

Mis locos estravíos mundanales
 No den rienda á tu ira;
 Ciega, Señor, la fuente de los males
 Del pecho que suspira.

Tu perdonaste al Ninivita impuro
 Por la impiedad manchado,
 Y el destierro, Señor, alzaste duro
 Del Israel cegado.

Perdóname, Señor..... el falso yugo
 Romperá mi existencia;
 Mi mismo corazón será el verdugo
 De mi propia conciencia.

Al pié sagrado de la Cruz divina
 Mi pecadora frente,
 Hunde en el polvo su razón mezquina
 Y se dobla doliente.

Para morir, y en barro fabricado
 Mis ojos hechos ríos,
 Del bien presente y del dolor pasado
 Lloran los estravíos.

¿Tú que moriste por salvar al hombre
De su primer pecado,
Serás sordo, Señor, cuando tu nombre
Invoco atribulado?

Cuando se escaldan de llorar mis ojos
Lágrimas de dolores,
¿No apagarás en ellas tus enojos,
Tú, que eres todo amores?

¡Dios de bondad! ¡Señor Omnipotente!
Mi corazón te implora.
Perdóname, Señor, sé Juez clemente
En mi postrera hora.

A LA NOCHE.

¡Noche de bendición! Baja del cielo
Pura y serena con tu dulce ambiente,
A derramar balsámico consuelo
En el seno castísimo y doliente
De la mujer á quien adoro ardiente.

Y en tu azulado manto
Tachonado de fúlgidas estrellas,
Envuelve misteriosa el tierno encanto
De mis amantes ilusiones bellas.

En tu velo de estrellas plateado
Cabe la fuente de adormidas flores,
Mi corazón sencillo embelesado
Buscó el signo feliz de sus amores,
En las nubes pintadas de colores.

Y pobre y desquerido
Mirando sin cesar al firmamento,
De su dulce esperanza el pecho henchido
Bendijo ¡oh noche! tu celeste aliento.

Empapada mi frente en la frescura
De tus suaves eucros voladores,
Silencioso vagaba en la espesura
En busca de los pardos ruiseñores,
Ocultos en las ramas de las flores.

Y en mi infantil deseo,
De sus nidos calientes los cogía
Al despuntar la aurora, cual trofeo
De la eterna inquietud del alma mía.

¡Noche sublime! mi esperanza loca
Entre tus sombras halagüeña mira
La dulce imagen que mi amor provoca,
Y eterno amor y admiración me inspira;
En dulces tonos mi inacorde lira,

Himno férvido canta
A tu divina y celestial frescura,
Y en pos de su entusiasmo se levanta
Del triste suelo á la inmortal altura.

En tu apacible soledad, llorando
La ley tirana del destino mío,
Voy mis pesares y dolor cantando
Entre las sombras del ramaje umbrío;
Y al caer de tus hojas el rocío

Del aura al casto beso,
 Mi frente entre mis manos ocultaba,
 Y rendido á tu mágico embeleso,
 Tu quietud melancólica gozaba.

Y en tan dulce ilusion volví los ojos
 Al firmamento en plata recamado,
 Y ví la corte de luceros rojos
 Descogiendo tu manto delicado,
 De topacios y de oro fabricado.

Y alzando mi plegaria
 Al Creador del cielo y de la tierra,
 Bendije de tu sombra funeraria
 La augusta magestad que tanto aterra.

Yo nací para amarte. En los palmares
 De mi Cuba gentil, vagando á solas
 Ansiaba tu venida: mis cantares
 Llevaron en tu prez las verdes olas
 Del patrio monte á las estrañas golas,

Y en las blancas espumas
 De los indicos mares perfumados,
 En blandos lechos de flotantes brumas
 Aspiraba tus euros regalados.

Límpida, hermosa, celestial y suave,
 En tus alas cobija, dulce amiga,
 A tu cantor: de mis amores clave,
 Endulza tierna la infeliz fatiga
 Que á eterno duelo mi existencia obliga:

Y al espirar el canto
 Que en vano esfuerza mi ferviente anhelo,
 Viendo nublarse tu azulado manto
 Rompo mi lira y me levanto al cielo.

HOJAS Y FLORES.

Hojas y flores que volais sin tino
Al soplo de los recios vendabales,
Y en los lindes desiertos de un camino
La tumba hallais de vuestros propios males.
Permitid que obediente á mi destino
Asista á vuestros tristes funerales,
Y humildes, respetando el dolor mio,
El viento calle y se detenga el rio.

¡Pobres viajeras! Del alzado monte
 El pié robusto vuestra tumba sea;
 Que ya el sol en el trémulo horizonte
 Hunde medroso su sangrienta tea.
 En las ramas mirífico el sinsonte
 Sus trinos melancólicos gorjea,
 Mientras vuelan al son de sus congojas
 Las tristes flores y marchitas hojas.

Ora que calla la adormida tarde
 Entre sus nubes de purpúrea grana,
 Ora que el cielo con vistoso alarde
 Descoje el manto de su faz galana,
 Ora que el día al declinar, cobarde,
 Dobla su frente caprichosa y vana,
 Llegad tranquilas y en el valle umbroso
 Detened vuestro vuelo rumuroso.

Lejos del monte y de la audaz colina
 Hasta los bordes del humilde valle,
 Dejad que vuestra aroma peregrina
 La horrible angustia de mi pecho acalle,

Y en las alfombras de punzante espina
 De mis tormentos matizada calle,
 Hojas y flores que mirais mi duelo
 Como las aves detened el vuelo.

Como las aves que el temor apena,
 Plegad tranquilas las ligeras alas
 Sobre la limpia cortesana arena
 Que al cielo esmalta de preciosas galas.
 De ricas perlas y esmeralda llena
 Vercis alegres sus hermosas salas,
 Y claras fuentes, cuyas ricas linfas,
 En cribos ciernen seductoras ninfas.

El limpio aljofar que aromada brota
 Una de aquellas, por sus ondas fría,
 En perlas cuaja la brillante gota
 Que en brillo eclipsa al luminar del día.
 Nunca su claro manantial se agota,
 Y perfumes vertiendo y ambrosía,
 Rueda entre lechos de eternal frescura
 De verdes gualdas y de grana pura.

Sus lípidos cristales por decoro
 Ganosos corren con murmullo leve,
 Y las nayades con sus cribos de oro
 En copos guardan la plateada nieve:
 Sorbiendo flores el sonante lloro
 Mece una cuna de inmortal relieve,
 Que en crespos tumbos por la blanca espuma
 Nave parece de argentada pluma.

Sobre las aguas misteriosa esquivia
 Los dulces besos del favonio viento,
 Que persigue á la bella fugitiva
 Incansable en su loco atrevimiento,
 Y al ver frustrada la pasión lasciva,
 Sobre un peñasco la arrojó violento,
 Quedando rota la envidiada nave
 De una esperanza misteriosa clave.

Flores, miradla..... Su gallarda pompa
 Yace en el polvo de la triste nada,
 Sin que una mano las pasiones rompa
 Por su propia arrogancia fabricada.

Sonoro el eco de armoniosa trompa
 Cuente al mundo su historia desgraciada,
 Y en su suerte aprended, hojas y flores,
 Lo que valen la pompa y los honores.

¡Hojas y flores ved! Como esa cuna,
 Triste sepulcro de esperanzas idas,
 Vosotras miserables de una en una
 Sois tumba de ilusiones ya perdidas;
 Vosotras sin color y sin fortuna
 Del árbol que os da vida desprendidas,
 Siempre sereis conmigo en la memoria
 Tristes emblemas de mi triste historia.

¡Ay! sin ventura, marchitadas flores
 Que el cierzo del otoño desparrama,
 Como vuelan de mi alma los amores,
 Así volais también de vuestra rama.
 Ayer vuestros espléndidos colores
 Al sol robaran su fulgente llama,
 Y hoy del brillo pasado ¡vana sombra!
 El mismo tronco que os brotó se asombra.

Asi como soñadas ilusiones,
 En perfumado y voluptuoso giro,
 Penetran de los flacos corazones
 El tímido lugar de su retiro,
 Y roban con sus plácidas ficciones
 El eco engañador de algun suspiro,
 Asi el impulso de los eucos roncós
 Tambien os roba á los desnudos troncos.

Hojas y flores: al nacer la aurora
 Cantando los pintados colorines,
 Celebran vuestra gracia seductora
 En las selvas y bosques y jardines.
 La mano de una bella cazadora
 Os arranca del tallo: en sus festines
 Brillais hasta que místicas vuestras hojas,
 Exhalais de la muerte las congojas.

Así sin pompa las flores
 Del árbol de mi esperanza,
 Sufren la horrible mudanza
 De las auras del dolor,

Y en ese afán tormentoso
 Caen, se rompen y se ajitan,
 Y á la fin se precipitan
 En un lago de dolor.

Tendidas sobre la espuma,
 Sin que las bese ni el viento,
 El hidrópico elemento
 Fria tumba les dará:
 Y así nuestra pobre vida
 Por la desgracia azotada,
 Al panteon de la nada
 Vil gusano llevará.

Nuestras almas ¡ay! son hojas
 Que al trasponerse la tarde,
 En torno á la luz que arde
 Se apiñan con timidez,
 Mudo el valle, mudo el viento,
 Contemplan que de contino
 Giran en un remolino
 Con la infancia la vejez.

Para mayor desventura,
 El crudo rigor del cielo
 Las dió por tesoro el suelo,
 Y por suelo una prision:
 Una cadena por suerte,
 Un aquilon por amigo,
 Y un peñasco por abrigo
 De magnífica ilusion.

En la vida y en la muerte
 Almas y flores unidas,
 Iguales ¡ay! y perdidas
 Buscarán la eternidad,
 Y volarán sin descanso
 Tristes cayendo á lo lejos,
 Y serán tristes reflejos
 De la enferma humanidad.

Si se detuvieran ambas
 A pensar en lo que fueron,
 La cuna donde salieron,
 Adonde irán á morir;

Si al exhalar un suspiro
 Les contestase el Otoño,
 Que estériles, sin retoño
 Inútil es su existir;

Si los besos de la brisa
 Con halagos criminales,
 Fueran postreras señales
 De su ya postrero fin,
 Y la aroma de los cielos
 Y las aves matizadas
 De las verdes enramadas
 Asistiesen al festin;

Si con lumbre vacilante
 El rico manto del cielo,
 Vistiese color de duelo
 Su espléndida brillantez;
 Y la noche tenebrosa
 Con su cortejo de sombras,
 Se burlase maliciosa
 De nuestra eterna viudez,

Y el arroyo sérpeante
Parase su son armónico,
Y su cristal espumante
Que se ve desaparecer,
Cual denso vapor se alzara
Y á sorbos una por una,
Os llevara sin fortuna
A la region del no ser,

Perdidas flores del alma,
Por vosotras lloraria
Y de llanto regaría
Vuestro gélido ataud,
Y siguiendo vuestras huellas
Atónito y sin sentido,
De negro crespon ceñido
Colgaría mi laud.

Unamos, pues, nuestra suerte,
Hojas y flores queridas,
Y nuestras glorias perdidas
Olvidemos sin dolor.

Si es fuerza morir, muramos;
Si llorar juntos, lloremos;
Y si volar, volaremos
Hasta el trono del Señor.

A UN CASTILLO.

Modesta fortaleza que estás de centinela
Velando las llanuras temibles de la mar,
Escucha silenciosa mi triste cantinela
Que en alas vá del viento queriéndote halagar.

Depon por un momento tu ceño misterioso,
Que tiemblo si imagino despierta tu furor,
Y pueden los peñascos que cercan tu ancho foso
Abrir al alma mia las fuentes del dolor.

Cuán claras son las ondas que peinan tus orillas,
Si el alba vierte en ellas su llanto celestial,
Besando de la costa las tiernas florecillas
Bañadas en aljofar de perlas oriental.

A veces he dormido sintiendo su quejumbre,
Teñido el horizonte de mágico arrebol,
Y luego he despertado con suave mansedumbre
Herido por los rayos brillantes de otro sol.

La playa de Cojimar recuerda á mi memoria
El hecho mas bizarro del noble torreon,
Y lega á los cubanos la heróica victoria
Que altivo consiguieron del lábaro breton.

Allí de mis abuelos la astucia y la pujanza
Al mundo absorto dieron ejemplos de virtud,
Y á cada rudo bote de su heridora lanza
El mar en sangre tinto cubria un afaud.

Sepulto entre las rocas, cual mónstruo tremeundo
Que el mar salado escupe del seno de cristal,
Con vista horrible y torva te mira furibundo
Hidrópico besando las playas de coral.

El mar osado teme cubrir con sus espumas
Las dos esbeltas torres que velan sin temor,
Los mangles, que cercados de nieblas y de brumas,
Parecen á lo lejos fantasmas sin color.

¿Qué piensas, di castillo, del mar y de la tierra,
Que contemplas humildes besándote los piés?
¿Acaso es su destino lidiar en cruda guerra
Para llorar cautivos su esclavitud despues?

¿Acaso con los tiempos irán en remolinos
Las casas y sus templos y puerto salvador?
¿O acaso está ya escrito que un dia los destinos
Le harán del viejo mundo feroz conquistador?

A veces asombrado de ver pasar el siglo
Sirviéndole la tierra de inmenso panteon,
Me creo en mis ensueños que tu eres el vestiglo
Que acechas el instante de hundirlo en tu prision.

Castillo solitario, que te alzas en los hombros
Del mar que humilde sufre tu orgullo y tu poder,
Quizá mañana rueden tus torres y en escombros
Las aguas desbordadas te batan por do quier.

CONTRICION.

¡Oh! si al aliento mio,
Señor del Israel, le fuera dado
Beber el suave y celestial rocío
De tus manos hermosas destilado;
De eterno gozo, embebecida el alma,
En medio del pesar que la consume,
Aspirara tranquilo en dulce calma
De tu bondad el mágico perfume.

Mi triste pecho lanza
 Sus ayes de dolor y de amargura
 A tí, Señor, de mi única esperanza.
 Pasó de mí la juvenil locura;
 Y el alma mía, en angustioso duelo,
 Desde la cárcel de la tierra oscura
 Busca tu rostro en el azul del cielo.

Como grano de helecho
 Que el viento asolador bate y estruja,
 Mi débil corazón pedazos hecho
 A un hondo abismo la maldad empuja.
 Do quiera tiendo mis cansados ojos
 Todo es llanto y dolor en torno mío;
 Y entre espinas punzantes y entre abrojos
 Vive agitado el corazón impío.

¿A quién diré mis cuitas
 Y el amargo pesar que me devora,
 Como hicieron los justos ninivitas
 En presencia del Dios que aclamo ahora?

¿Qué escudo abroquelado en mi defensa
 Podrá el filo embotar de la ancha espada,
 Que en la alta diestra del Señor suspensa
 Amenaza mi frente atribulada?

Pase de mí, Dios Santo,
 Este cáliz de hiel que me asesina,
 Que hecho pavesa el corazón de espanto,
 Como el cautivo de Israel camina.
 Miren tus ojos mis dolientes ojos,
 Hable mi boca por tu limpia boca,
 Y el alma henchida de maldad y enojos,
 Con tu vara de amor, despierta y toca.

Por las malicias mías
 Tu ley en Babilonia se desprecia,
 Y preso tu Profeta Jeremías,
 La casa de Judá te insulta necia;
 La peste, el hambre y el candente hierro
 Por mí talarán la infeliz Caldea,
 Y del Goreb en el ríscoso cerro
 La humanidad herida clamoarea.

Desata las cadenas
Que me ligan, Señor, aquí en el suelo,
Pues son labradas por las propias penas;
Sobre tu rico pabellon del cielo
Brille la luz de tu bondad divina:
Y en el perfume de tu rica esencia,
El alma bañe que infeliz camina
Opresã en el rubor de su conciencia.

LA FLOR DE LA DESVENTURA.

Orilla de un claro rio,
Orlado de flores bellas,
Una flor en el estío,
Desde un remanso sombrío,
Puebla el aire de querellas.

Y mientras que peregrina
La brisa le da mil besos,
Triste y lánguida se inclina,
Porque una inhiesta colina
Le roba sus embelesos.

Nunca en la ribera undosa
Se vió nacer una flor,
Sin que esa colina odiosa
No la robe voluptuosa
Su perfume halagador.

Era una insultante pena
Para la flor dolorida,
De galas y aromas llena,
Vivir esclava y asida
A tan bárbara cadena.

La clarísima corriente,
En su fantasía loca,
Desprecia la flor oliente
Y salta de roca en roca
Murmullando mansamente.

El alba con mil suspiros
En ella bebe sus perlas,
Y el viento por recogerlas
En vagos continuos giros
Bate sus alas al verlas.

Siempre juguete del viento,
Con tristísima amargura,
Si la corriente murmura
Dobla su tallo sediento
La flor de la desventura.

Y en el cristal transparente
De limpia belleza suma,
Su corola, dulcemente,
Plata regala á la espuma,
Y ámbar líquido al ambiente.

Cuánto mi alma se enagena
Al verte, flor solitaria,
Por la mañana serena,
Por la tarde funeraria,
Siempre llorando tu pena.

Cuánto verte combatida
 Por las auras de la noche,
 Cuando riela encendida
 La luna en su lento coche
 Ondas de luz desparecida.

Y cuando siento el arrullo
 De las aguas sonorasas,
 Lloro ¡oh flor! á su murmullo,
 Porque tus hojas graciosas
 Se desprenden del capullo.

Y con afán sigo al ave
 Revolando en torno tuyo
 Plañendo dolida y grave,
 Porque el vívido cocuyo
 Se posa en tu tallo suave.

¡Pobre flor! Rico tesoro
 De purísima blancura,
 En tus pétalos de oro
 Se vierte el amargo lloro
 De mi triste desventura.

Y mientras que peregrina
 La brisa te da mil besos,
 Lloro al ver esa colina
 Como te roba, asesina,
 Tus cándidos embelesos.

¡Mal haya colina fiera
 Tu rigor y tu desdén!
 ¡Mal hayas limpia ribera!
 Tu pretension altanera
 Castigo los vientos dén.

¿No veis la flor encendida
 Sin perlas, abril ni galas,
 Por el viento combatida,
 Sin que las rubias zagalas
 Su queja escuchen dolida?

Guárdate, colina altiva,
 De dar celos á la flor;
 Tal vez incendio de amor
 Apague la fuente viva,
 Do vive tanto rigor.

Adios ¡oh flor adorada!

Gala del rio apacible;

Adios colina insensible

Que en la ribera argentada

Te levantas tan temible.

Adios, que en cuna insegura,

Siempre á la merced del viento,

Si la corriente murmura,

Dobla su tallo sediento

La flor de la desventura,

A UN RIO.

SONETO.

Deten tu curso, magestuoso rio,
De claras ondas de luciente plata,
Y sin estorbo en tu cristal, retrata
El claro sol del ardoroso estío:

Deten la fuerza de tu lloro frio,
Y al hilo limpio de tus perlas ata
La rubia ninfa, al corazon mas grata
Que al verde prado matinal rocío.

Fué mi destino recorrer sediento
Tu fresca orilla y tus guijuelas de oro,
Cantar robando al ruiñeñor su acento;

Mas queriendo imitar tu suave lloro,
Departo en silencioso apartamiento
Con la tierna beldad que siempre adoro.

DESVENTURA.

Ruedan del bosque las marchitas hojas;
Lanzan los vientos fúnebre gemido;
Sueltan las aves sus plumillas flojas,
Y el lloro del torrente se ha perdido.
Las cumbres levantadas de los montes
Sacuden su nevada cabellera,
Y en trémulos, lejanos horizontes,
Reina tristeza sepulcral do quiera.

Murió la dicha, se ausentó el verano;
 La flor ya seca de su tallo pende;
 El yerto invierno con poder tirano
 Roba al árbol su gala y la desprende;
 La fresca tarde, trasparente espejo,
 De mil colores se presenta fria,
 Y en blancas nubes se columpia al lejo
 La régia tumba del Señor del día.

El llanto de la aurora sin ternura
 Sobre el capullo de la flor se hielá,
 Y al borde del arroyo que murmura
 Lanza el ave su triste cantinela;
 Las nubes en el éter cristalino
 Se agrupan impelidas por el viento,
 Y las hojas en denso remolino
 Levántanse al azul del firmamento.

Yace en su tumba la esperanza hermosa;
 No se escucha el suspiro de la tarde,
 Y el suave aroma de la flor preciosa
 El euro roba sin piedad cobarde:

Todo es silencio, sepulcral tristeza;
 La vida exhala su dolor profundo,
 Y aumentan su congoja en la maleza
 Los suspiros del cisne moribundo.

Entre guirnaldas de silvestres flores,
 Tristes divisan los inquietos ojos
 Los alegres y pardos ruiseñores;
 Saltando en lechos de claveles rojos,
 Posáronse en su férvida alegría
 En un sepulcro, que en mortal quebranto,
 Labrado fué por la tristeza mia
 Con el raudal eterno de mi llanto.

En él la primavera de mi vida
 Ocultará su ansiada venturanza,
 Cual hoja marchitada, desprendida,
 Del árbol de la efímera esperanza;
 En él veré mis sueños de poeta
 Disiparse del aura al suave aliento,
 Sepultando la duda que me inquieta
 Y tortura mi pobre pensamiento.

Tímidas aves que mirais mi llanto
Y el desamor de mi nublada estrella,
Acompañad con vuestro suave canto
A sepultarse mi esperanza bella;
Y cuando apague su vital aliento
El corazon enfermo y dolorido,
Sin escuchar la voz de su lamento,
Labrad en mi sepulcro vuestro nido.

A LA MUERTE DE ADELA.

¿Por qué las lindas dalias
Y el fragante clavel y la amapola,
Que eran ornato ayer de mi arpa de oro,
Trocadas en ciprés, mirtos y adelfas,
Con tristes ojos veo
Ser de mi lira funeral arreo?

¿Por qué al herir sus cuerdas,
Niegan el son de plácida armonía,
Y el eco melancólico llevando
El doliente cantar á las estrellas,
El cielo se oscurece,
Se eclipsa el sol y mi tormento acrece?

¿Por qué las que flotaron
Gentil airon y sedas crugidoras,
Con los cabellos por la espalda sueltos,
Y lívida megilla se me agolpan,
Y derramando llanto
Piden al harpa quejumbroso canto?

Tú, padre infortunado,
Comprendes mi dolor: tú solo puedes
Sentir cual siento yo... Si el hado impío
En mal hora vibró su arpon de muerte,
Los dos juntos lloremos,
Y juntos nuestra pena mitiguemos.

¡Efímero consuelo
Del grito del dolor! Bajo tu manto,
Augusta Religion, ampara el duelo:
Perdona, si mi pena devorante,
Y la honda, aguda herida
Hacen temblar á el alma estremecida.

Cumplióse así lo escrito:
Terrífico y sublime el Dios del mundo,
El tallo de la flor cortó lozano;
Sus tersas hojas de color de nieve
Las desparció en el suelo,
Para llevarse su perfume al cielo.

Hermana peregrina
De mi edad juvenil. ¡Alaida bella!
Las lágrimas que vierto á tu memoria,
Son lágrimas de amor, lágrimas dulces,
Cual la aromada esencia
Del sueño de tu cándida inocencia.

Vosotros, mis amigos,
 ¿No la visteis jamás? De su hermosura,
 De su rara virtud, ¡dotes celestes!
 El aura murmurando á vuestra reja,
 ¿No llevó á vuestro oído
 Tesoros que en su pecho hubo escondido?

¡Oh Dios que libertaste
 Las doncellas de Sion! Si al llanto mío
 Poder tan alto tu bondad le diera,
 Que al derramarlo mis dolientes ojos
 En la marmórea losa,
 De su centro surgir viera á la hermosa,

Entonces, Señor fuerte,
 Trocádó el himno de dolor en gloria,
 Ella alegre tu nombre diera al viento;
 Yo cubriera tus piés con mis cabellos,
 Y á los dos con amores,
 Viéranlos ¡ay! ornar tu ara de flores.

Bella cual bello lirio
 Que entre las rosas coloradas tiembla,
 Suave como las hojas voluptuosas
 Abiertas á los besos de la brisa,
 Su frente de jazmines
 Eclipsaba la flor de los jardines.

Sedosas trenzas blondas
 Ornaban sus dos sienes de alabastro;
 Ojos color de cielo: en pura grana
 Se pintaban sus mórbidas megillas,
 Y perlas y rubíes
 Cuajábanse en su boca de alelíes.

Al ver su talle airoso
 Cual la palma de Gades, y su cuello,
 Nítido, hermoso, seductor y blando,
 Luciendo como escarcha, parecía
 Un cisne que la espuma
 Riza moviendo la esponjada pluma.

Paloma ya sin nido,
 Tendió sus alas, remontóse al cielo.
 No llores, padre, no: no era la tierra
 Digna morada á su esplendente gloria:
 Para vivir llorosa,
 «Muera mas bien, que envejecer la hermosa.»

¡Oh! si del pecho mio
 La suelta vena del dolor brotase,
 Alegre el alma, al pronunciar su nombre,
 Volar quisiera á la region gloriosa,
 Donde con áureo velo
 A Dios, ese ángel mas canta en el cielo.

De su lento martirio
 La palma entre sus manos se abrillanta;
 ¡Padre infeliz! Tu prolongado lloro
 Vierte á tu soledad: que ella do mora,
 Con plácido embeleso,
 Recibe del Señor el casto beso.

Perdona si mi canto
 Tu aguda pena y tu dolor aumentan;
 Oyeme por piedad: ella no existe;
 Tambien yo la perdí. ¡Cuánto era cara
 A mi agitada vida
 La hermosa vírgen de tu amor nacida!

Al despuntar el alba
 La lumbre de sus ojos se apagaron;
 Y al imprimir sobre su tersa frente
 El ósculo de eterna despedida,
 En mis llorosos ojos,
 Se pintaron sus pálidos despojos.

¡Qué inmensa desventura!
 A la luz melancólica de un cirio
 Sus lívidas facciones contemplaba;
 Sobre su lecho, el ángel de la muerte,
 Sus alas estendia,
 Y su cárdena boca sonreía.

Su frente de azucena
Sobre mi pecho recostó gozosa,
Y estendiendo sus manos con ternura
Al exhalar su postrimer aliento,
Me dijo el amor mio:
¡Solo en el cielo mi esperanza fío!

¡Ay! mis dolientes ojos
No tienen ya ni lágrimas que darte;
Helado el corazon, se hiela el canto;
Rota mi lira cuelga de su tumba;
¡Y ojalá sus pedazos,
Rueden al polvo de sus yertos brazos!

A MI AMIGO J. M. DE L.

Hace tiempo, Miguel, que retirado
Del cerco literario en que he nacido,
Estudio lo presente y lo pasado.

Mi péñola sus puntos ha perdido,
Los críticos me llaman rudo y necio,
Y navego en el mundo dolorido.

Mal que les pese, con el tono récio
He de atacarlos, y en hidalga liza
Pondré sus nombres á elevado precio.

Mas no del oro, y sí de aquella riza
Que hace el vulgo en los míseros pedantes
Que visten sin pudor capa postiza.

Y tú, Miguel, por eso no te espantes
Como nacido en ley del Cristianismo,
Queriendo perecer que pecar antes;

Que no es por cierto usura ni ateísmo,
Ni otro pecado, y sí venganza y guerra
Al grito del feroz industrialismo.

¡Magnífico inventar! de la ancha tierra
Surgid, ¡oh! Calderon, Lope, y Aldama;
Y si el vocablo vuestra sombra aterra,

Escuchad á un maestro de sotana,
Que hurtando de Nisardo el galo estilo,
Habla la lengua que le dá la gana.

Mas no esgrimais de vuestra pluma el filo,
Que si quereis holgar, de carcajadas
Os caerá de la baba el largo hilo.

Las musas españolas á porfía
Derraman sobre el Tajo amargo lloro,
Al contemplar las letras ¡oh heregía!

Por letras ¡ay! trocar que valen oro,
Y esconden de rubor su limpia frente
Dentro las linfas del cristal sonoro.

Es preciso pensar como un demente
Para befar al hombre que trabaja,
Si gana el pan diario con la mente,

Y su ingenio divino no rebaja
 Buscando ¡oh Dios! la proteccion odiosa
 De algun insecto que su brillo ultraja.

Feliz aquel que en su pobreza honrosa,
 Con fruto intelectual su vida atiende,
 Y libre está de mancha deshonrosa:

Y mil veces feliz, si sábio enciende
 Su alma en el espíritu divino,
 Del siglo, que su espíritu comprende.

Del siglo, que cual astro diamantino,
 Le presta vida y opinion y nombre,
 Y un torrente de gloria cristalino.

Mas no es tan fácil adquirir renombre;
 Porque fiero, sentado en su pretorio
 El crítico del siglo, no te asombre,

Mira la musa en bacanal jolgorio,
 Prostituta danzar en noche y día
 Cual si fuera de trapos envoltorio.

Ridícula y estraña es la manía
 De vestir como bruja de retablo,
 La musa que inspiró la poesía.

Vive Dios, que es mejor buscar al diablo,
 Y verle el espolon, que osado y rudo
 Pronunciar sin vergüenza ese vocablo.

De avilantez científica desnudo
 Te digo cual cristiano caballero,
 Que diera alegre á mi pescuezo un nudo,

Antes que, presuntuoso y chocarrero,
 En público papel dar á la fama
 Pensamiento tan bajo y tan rastrero.

Menguado sea quien aleve infama
 La célica beldad que lo enamora;
 Vaya á pacer los prados del Jarama;

Que no es digno de ver la blanca aurora
 Cuando sale risueña del Oriente
 Para darnos su luz consoladora.

Esto que digo, el corazon lo siente;
 Cualquiera es ya censor, y ya cualquiera
 Ex-cátedra, censura irreverente.

Muy loco fuera yo si pretendiera
 Con noble pecho y varonil denuedo
 Al maestro quitarle la venera;

De pensarlo infeliz me da tal miedo,
 Que á pesar de mis años juveniles
 Pongo en mi boca el descarnado dedo;

Pero siempre el verdor de los abriles
 Se escuda en la verdad, y no hace trizas
 La flor que lo enamora en los pensiles.

Usa voces sonoras y castizas,
 Y si peca, tal vez por ignorancia,
 No son viles sus faltas ni mestizas.

¿Y en qué títulos fundan su arrogancia
 Los que juzgando al misero que escribe
 Interpretan por vena de ganancia

Lo bueno y grande que su mente exhibe?
 ¡Literatos, Miguel, de tal ralea
 Beban las aguas de la mar caribe!

El génio que en las letras gallardea
 Por sus nobles y ricas producciones,
 No busca la comparsa que vocea;

Ni tampoco los moldes y florones
Que la artística mano del librero
Le pone, codiciando los doblones.

Al contado jamás logró dinero
El mísero poeta, si no acude
Al holgado taller del usurero,

Donde ofrece persona que lo escude
Pagando un mil por ciento de gabela,
Aun cuando sangre por sus poros sude.

Y paga al impresor, y corre, y vuela
Por las calles y plazas como el viento,
Y á medios mil en su aflicción apela

Para dar con su propio pensamiento
Ganancia al que le roba con usura
Su trabajo, su gloria y el sustento.

Mas vale que esta vida de amargura
Tuviera generosos protectores,
Que no la espada acicalada y dura

De rígidos maestros y censores
Que hieren del poeta el noble pecho,
Sin que tengan en cuenta sus dolores.

La crítica, al usar de su derecho,
Con blando halago y elocuente tono
Tienda, pues, á que el génio satisfecho

En su modesto albergue, sin encono,
Pula, corrija, sus razones pese,
Siendo sus obras su mejor abono.

De otra manera, la ignorancia crece
En esta pobre tierra, ¿y quién no alcanza
Que el látigo las carnes embrutece

Y que un génio apacible, en malandanza,
En condicion se torna hircano y fuerte?
¡Críticos, corregid sin destemplanza!

Y vereis el raudal que ardiente vierte
La juventud, que al ilustrado ejemplo
Su entusiasmo y afan dócil convierte.

Estos mis votos son. Y habiendo un templo
Do beban los ingenios aticismo,
Acá á mis solas, ¡oh Miguel! contemplo
Burlada la palabra industrialismo.

QUEJAS.

Por la márgen peregrina
De un arroyo sosegado,
Con breve pié se avecina
La guajira mas divina
Que el sol de Cuba ha mirado:

Pisa con tal donosura
La márgen florida y bella,
Que la corriente procura
Torcer su madeja pura
A fin de atajar su huella.

Los rizos sueltos al viento
 Flotan por su blanca espalda,
 Y en su rostro el sentimiento
 Descolora al pensamiento
 Y mil flores de esmeralda.

Cabe la límpida orilla
 Desdenosa se paraba,
 Y en la corriente que brilla
 En su vanidad sencilla
 Su talle hermoso miraba.

Y gozando el beso frío
 De las ondas quejumbrosas,
 Su natural albedrío
 Pisaba flores de estío,
 Pisaba encendidas rosas.

Las aves la divertían,
 Las flores la daban galas,
 Las linfas la sonreían,
 Y las auras la ofrecían
 Entre perfumes sus alas.

Todo á su paso inocente
 En perlas se trasformaba,
 Cuando un guajiro valiente,
 Tras un palmar, tristemente
 Estas quejas le mandaba:

¿Huyes, temprana hermosura,
 De aquel ruiñón amante
 Que siempre te amó constante
 Con la fé mas viva y pura?
 Mis quejas y desventura
 Casta paloma, has de oír,
 Y ya que quieres partir
 Rompiendo mis dulces lazos,
 Hazte, corazón, pedazos
 A las puertas del morir.

A tanto rigor condena
 Las inclemencias del hado
 Mi pobre pecho gastado
 Por los filos de la pena;
 Por la Sabana serena

Verteré llanto á raudales,
 Y en los espesos jarales
 Convertido en triste flor,
 Cause tu muerte su olor
 Como tu causas mis males.

Nacido de pobre cuna,
 Postré á tus piés mis amores;
 Y en ramos de varias flores
 Puse á tus piés mi fortuna;
 Al claro rayo de luna
 Con mi tiple sonoro
 Celebré tu rostro hermoso;
 Y en pago á tanto desvelo,
 Me dejas lleno de duelo
 Con tu partir enojoso.

Antes que yo te dijera
 Que te amaba con delirio,
 Sentí con doble martirio
 Dentro del pecho una hoguera;
 Su llama brillante y fiera

Tornó en volcan mis recelos,
 Y entre continuos desvelos
 Destrozado el corazon,
 Mi pobre y triste razon
 Antes de amar, tuvo celos.

Bien puedes huir, ingrata,
 Del amante que te adora,
 Por otro rival que mora
 Entre brocados de plata;
 Mas si con rigor te trata,
 Retorna á los campos mios,
 Que mis ojos hechos rios
 Te contarán mi dolor,
 Si á la tumba tu rigor
 No lleva mis restos frios.

PENSAMIENTOS.

Alza del polvo tu orgullosa frente,
Soberano cantor de los palmares;
Arroja sobre el mundo tus cantares
Bañados en ardiente inspiracion;
Sean los ecos de tu lira de oro
Magníficos, sublimes, armoniosos,
Remedo de los ecos misteriosos
De las harpas de Tébas y de Ilion.

Ilusiones, amor, gloria y ventura,
 Purísimos ensueños de la mente,
 Embalsamad su requemada frente
 En vuestro aliento férvido inmortal;
 Y en las orillas del paterno río
 Orlado de jazmines y azucenas,
 Sus ricas notas, de cadencia llenas,
 Se empapen en la aurora tropical.

¡Inspírate cantor! En las ruinas
 De este mundo gastado y carcomido,
 Pose el vuelo tu génio estremecido
 Mientras vele la gloria tu poder;
 Y sentado en las cumbres gigantescas
 Que baña el sol con trémulos desmayos,
 Ciña tu frente de celestes rayos
 Y canta libre sin temor do quier.

¡Inspírate cantor! El ronco trueno
 Conmueve los colosos de los siglos,
 Mientras cruzan sus miseros vestiglos
 Al pálido reflejo de una luz;

Y al escuchar sus notas armoniosas,
 De unción cristiana y de esperanza llenas,
 Quebranten silenciosos sus cadenas
 Besando el ara de la Santa Cruz.

Levantaos ¡oh sombras de los héroes!
 Que dormís en el seno de la tumba;
 ¿No oís el viento que furioso zumba
 Arrancando gemidos de terror?
 ¿No oís el eco que infeliz resuena
 Del verde llano á la montaña altiva,
 Mientras la llama de un volcan aviva
 Los sepulcros que están en su redor?

¿Por qué no os levantais? El mundo gime
 Haciendo resonar sus tristes cantos;
 En los umbrales de los templos santos
 El vándalo se baña en crueldad.
 ¿Por qué no os levantais? El tiempo vuela,
 Y de esos brutos que el pillaje apila,
 Díezme la espada la compacta fila
 Castigando su bárbara impiedad.

Alzó Gofredo su soberbia frente,
Y en la tumba de Cristo profanada,
Colgó abatido su invencible espada
Al lado del pendon del fiero Omar;
Y contemplando su ciudad perdida
Y la campiña del Saraons inculta,
Cerró sus ojos, y su pena oculta
Dentro de un pueblo que le vió llorar.

Mientras los hijos de Sion, la santa,
Cruzan los valles del desierto ardiente,
Sigue el beduino á la inmigrada gente
Fatigando el hjar de su corcel;
Y mirando los pálidos reflejos
Del sol que se ocultaba en el Calvario,
En medio del camino solitario,
Respiraron los hijos de Ismael.

Al pié de la muralla carcomida
Oyese el canto del profeta triste;
Cubierta el alma de dolor, resiste
Recuerdos de tan mísera orfandad.

Viuda, que reina te llamaste un día,
¿Dónde están los laureles de tu gloria?
Marchitos, en su carro de victoria
El árabe los pisa en tu ciudad.

Do fueron los olivos consagrados
Que adornaron la cumbre de Olivete,
Orgullosos se eleva un caballete
Que oprime el monte y su gentil palmar;
Y ni un soplo de viento perfumado
Agita los abismos del mar muerto,
Que besa las montañas del desierto
Estériles y muertas como el mar.

El gran sepulcro del Señor, escucha
Del turco los impúdicos cantares,
Mientras huella tranquilo los altares
Su fiero rapidísimo bridon;
Y en su delirio, respirando saña,
Pretende con odioso servilismo
La media luna alzar, y el islamismo
En las torres hermosas de Sion.

Do quiera tiendas tus cansados ojos
 Verás, poeta, sollozar á solas,
 Moviéndose los pueblos, cual las olas
 Que hierven tumultuosas en la mar.
 ¿Y la Europa? Tambien estremecida
 En su lecho de flores y esmeralda,
 Débil sostiene en su robusta espalda
 Los tronos que se miran vacilar.

¡Italia! ¡Italia! Con dolor te nombro.
 ¿Dónde está la grandeza de tu gloria?
 Sangre brota tu carro de victoria,
 Huye la fé de tu inmortal region;
 Apiñados en torno de una hoguera
 Alzan los fuertes sus callosas manos,
 Y surgen á sus plantas los tiranos
 Que destrozan tu régio corazon.

La Cruz hermosa por do quier hollada;
 Los pueblos en cenizas convertidos;
 Los tribunos alzándose atrevidos
 Disputando á los reyes el poder:

Sin ley ni freno, de laurel cubierto,
 La frente eleva el bárbaro soldado,
 Llevándose á su paso encadenado
 El pobre pueblo que le vió nacer.

Todo esterminio, soledad y muerte...
 Las águilas sus alas desplegando,
 Van con sus fieras garras destrozando
 De los pueblos el virgen corazon;
 Y al cernerse en los aires arrogantes
 Teñido en sangre su plumaje oscuro,
 Quiere escalar el inmortal seguro
 Siendo estrecha la tierra á su ambicion.

En vano, en vano el sucesor de Cristo
 Lanza los rayos de su sόlio santo;
 El mundo tiembla de pavor y espanto
 Y triunfa el crimen y el baldon en pos;
 Y en girones el mapa de la Europa,
 Se reparten los fuertes sus pedazos,
 Rompiendo leyes, desatando lazos,
 Siempre invocando la sancion de Dios.

Revélame, ¡oh Señor Omnipotente!
 Por qué la fuerza, dominando el mundo,
 Ahoga el grito y el dolor profundo
 Del que débil sucumbe sin piedad;
 Por qué tu diestra, de justicia armada,
 No lanza el rayo, ni vomita el trueno,
 Que hiera al fuerte de arrogancia lleno
 Cuando triunfa su vil iniquidad.

¡Albion! ¡Albion! Tu nombre, siempre
 De eterno oprobio se verá cubierto;
 Desde el Estrecho hasta el erial desierto
 Siembras tus ódios y eternal rencor;
 Tus fuertes rocas, de piratas nido,
 Que el proceloso mar constante baña,
 Siempre abrigaron con inícuca saña
 El crimen, la perfidia y el horror.

Pero cansada de sufrir la Europa
 Tu eterna guerra y ambición impía,
 Tal vez no lejos aparezca un día
 Robándote el imperio de la mar;

Y entonces, ¡ay! doblegarás tu frente,
 Y del cielo y la tierra maldecida,
 Vegetarás humilde, empobrecida,
 Sin glorias ni virtud que recordar.

¡Oh tú que al alma la salud envías
 Desde tu trono de esplendor bañado,
 Manantial de esperanza no agotado,
 De luz eterna y de eternal amor!
 Baja entre nubes de fragante incienso
 Al triste mundo que el dolor consume,
 Y empapa en tu balsámico perfume
 Sus horas de amargura y de dolor.

Y tú, poeta, que orgulloso sigues
 Del ancho mundo la brillante vía,
 Y cantas cuando reina la anarquía,
 Falto de gloria, vacilante el pié;
 Levanta tu sublime pensamiento
 Y llena el alma de fervor cristiano;
 Sobre el osario del linaje humano
 Su escarnio escribe y su pérdida fé.

Y no vacile tu esperanza hermosa
Por el oscuro porvenir del mundo;
Siempre aparece el sol mas rubicundo
Despues de la terrible tempestad.
Reyes del mundo, levantad la frente,
Y pues se acerca la hora del combate,
Si vuestro seno generoso late,
Dad á los pueblos vida y libertad.

A MI PASTORA.

SONETO.

Suelto el cabello y con dudoso paso
Al campo sale mi pastora bella,
Como del cielo vespertina estrella
Al sepultarse el sol en el ocaso.

La senda sigue que encontró al acaso
Y las campiñas de esmeralda huella,
Que undosa baña la corriente aquella
Que el Bétis vierte del ebúrneo vaso.

Cabe el tronco de una haya encantadora,
Las perlas cuenta que en la tosca rama
Lloró en silencio la argentada aurora;

Y del rubor en la encendida llama
Su frente peregrina se colora,
Si el eco burlador diosa la aclama.

RECUERDOS DE AMÉRICA.

¡Virgen del mundo! América inocente,
Yo te saludo como el gran Quintana;
Dáme una flor de tu vergel galana,
Nunca marchita en su inmortal verdor.
En torno de la flor, venid poetas,
Entonando los himnos que ella inspira;
Pulsad, poetas, vuestra dulce lira,
Y cantad la hermosura de esa flor.

Luce sin mancha tus preciosas galas,
Flor codiciada del abril festivo;
Haz que á tus plantas tu amador cautivo,
Deshoje las diamelas de su sien.

Todo le es poco á tu beldad de un día,
 No te importe si es jóven ó es anciano,
 Que la tela que teje el vil gusano
 Otro gusano roerá tambien.

Ved á la triste flor allá en la tarde
 Cuando se pone el sol y el ave canta;
 Mirad cuán dulce sin odor levanta
 Su pétalo encendido y virginal;
 Su pétalo bañado del rocío,
 Mimado por las auras de la noche,
 Rico en colores, como el rico broche
 Prendido de una túnica oriental.

Robada ya tu peregrina esencia,
 ¿Dónde está tu fragancia apetecida?
 El soplo de un aliento te dió vida,
 El soplo de otro aliento te apagó.
 ¡Miséra flor! Emblema de mi suerte,
 El viento del otoño te respeta,
 Y tus destinos cantará el poeta
 Que tu génio inmortal le reveló.

Tú eres ¡oh flor! el porvenir del mundo;
 Tú eres la luz que el Occidente espera:
 El ave que al nacer la primavera
 Entona la cancion de la verdad.
 Yo te miro vagar en el Oriente
 Entre celajes de color de rosa,
 Cual vaga la pintada mariposa
 En torno de la roja claridad.

Poetas que me ois, pulsad la lira,
 Y al sentido cantar de mis cantares,
 Al pié de vuestros fértiles palmares
 El eco repetid de mi cancion.
 Un coro sea de brillante gloria
 A la futura reina de Occidente,
 Tan suave como el aura que riente
 Se empapa en la cubana inspiracion.

Y el eco celestial de su armonía,
 Los vientos y las ondas arrullando,
 De dos mundos los ejes enlazando
 De triunfos y de glorias llenarán.

Y el siglo, que en su vuelo magestuoso
 El alto ejemplo y el saber prégona,
 Ciña á Cuba la espléndida corona
 Que sus hijos ardientes labrarán.

Mas ¡ay! que helada mi marchita frente,
 Tocando ya al ocaso de la vida,
 Se dobla, como rama desprendida
 De un árbol que se seca tristemente:

En vano la frescura del ambiente
 El fuego apagará de mi honda herida,
 Si gime la existencia dolorida
 Al soplo del pesar que heló mi mente.

Conquista el porvenir ¡flor de las flores!
 Lance el poeta su armonioso canto,
 Y eternice la fama sus loores;

Que yo, sufriendo mi martirio santo
 Al dulce lamentar de mis amores,
 Labro mi tumba con mi propio llanto.

LA NIÑA Y LA MARIPOSA.

Una niña le decia,
 Con infantil alegría,
 A una linda mariposa:
 Déjame ver, vida mia,
 Tus alas color de rosa.

¡Oh! si supieras mi duelo
 Y el afán que me devora,
 Porque así lo quiere el Cielo,
 Posaras tu raudo vuelo
 En mi mano tembladora.

Ven, mariposa hechicera,
Que iguales somos las dos,
Y en mi angustia lastimera
Quiero como tú ligera
Volar al trono de Dios.

Anegada en triste llanto,
No tienen para mí encanto
Ni las brisas, ni las flores;
Y paso la vida en tanto
Sin esperanza ni amores.

Huérfana y pobre en la tierra
Mi vida el dolor aterra,
Y en mi acerba desventura,
En dura cárcel se encierra
Mi ilusión y mi ventura.

Y desde que nace el día
Hasta que muere nefando,
Maldigo la vida mía,
Y en mi bárbara agonía
Paso las horas llorando.

La dulce queja sencilla
De la hermosa entre suspiros
Oyó la mariposilla,
Y en torno á la luz que brilla
Volando en continuos giros,

Mira, dijo, niña hermosa
Mis ligerísimas alas;
Con ellas, cual tú, afanosa,
Tras la ilusión engañosa
Cruzo las etéreas salas.

De flor en flor revolando
Paso la noche y el día,
Y el viento siempre zumbando
Va mis alas destrozando
Con maléfica alegría.

¿Por qué quieres, niña bella,
Seguir mi incierto destino,
Si nublada nuestra estrella,
Ambas vagamos sin huella
Que guíe nuestro camino?

Deja niña esa ilusion,
Que es un arcano insondable
Difícil de esplicacion,
Y perderás la razon
En su secreto inmutable.

Y volando enloquecida
La mariposa atrevida
Mientras la niña le acosa,
Quemó en la luz homicida
Sus alas color de rosa.

A UN CRÍTICO.

SONETO.

Pato del agua, chirle castellana,
Que en ira rompes al cantar sonoro
De aquel poeta que con lira de oro
Cantó de Cuba la beldad temprana:

Pato sin plumas, que con ciencia vana
Turbas los ecos del castalio coro
Con el torpe graznido envuelto en lloro
Que tu despecho en ocultar se afana:

Vuelve en buen hora á la infernal laguna
Donde rudo aprendiste con torpeza
Hablar en galo y escribir hinchado;

Y una corona de punzante tuna
Adorne tu raquítica cabeza,
Siempre de envidia el corazon preñado.

RECUERDOS Y DOLORES.

¡Oh! cuánto para mí mas dulce fuera
Solitario vagar en la espesura,
Y al borde de una fuente placentera
Suspirar mi incesante desventura;
Y cuánto derramar lágrimas suaves
Al canto de las aves,
Y al dulce lamentar del sentimiento,
Con libre corazon soltar mi acento.

Triste de mí, que del dolor cansado,
 Oro, suspiro, gímò, y sin consuelo,
 Del corazon las hojas he regado
 Con las eternas fuentes de mi duelo.
 Feliz un tiempo, cuando Dios queria,
 Mi juventud solia
 En las hojas del bosque, sin engaños,
 Contar los tiempos y escribir los años.

Mas volaron los tiempos, y con ellos
 Los ensueños de gloria y de cariño;
 Las hojas de los árboles mas bellos
 Volaron como imágenes de niño.
 Al lento desengaño de la vida,
 Y á la fatal caída
 De las hojas del árbol de mi suerte,
 Una y mil veces preferí la muerte.

Porque es duro al cansado peregrino
 Ver de su senda marchitar las flores,
 Y vagar en la tierra sin destino
 Brotando el corazon llanto y dolores.

A tanto mal sin fin, amante, lloro,
 Y cada sueño de oro
 Robado al corazon y al sentimiento
 Hoja es ¡ay! arrancada al pensamiento.

¡Ay de las flores cuyas lindas galas
 Ronco sacude el aquilon furioso!
 ¡Ay de las hojas, si al tender sus alas
 Toca del árbol el ramaje umbroso!
 ¡Ay de la vida, si el fatal destino,
 En recio torbellino,
 Sepulta su ilusion en la laguna
 Del torpe vicio recamada cuna!

¡Ay si sus pasos la virtud no guia
 Aun cuando mire su esperanza rota,
 Y violento persiste y desafía
 El hondo abismo que á sus plantas brota!
 ¡Ay si las leyes del honor ofende,
 Y por su mal no atiende
 La llama que en su fuego desordena
 El placer ó dolor, descanso ó pena.

Quién me dijera cuandouelto andaba
 Allí en la soledad embebecido,
 Y las hojas marchitas ¡ay! hollaba
 Al compás del torrente que perdido
 Su inmensa catarata desprendía,
 Que mi alma plegaría
 Sus libres alas y su ráudo vuelo
 Cual las hojas rodando por el suelo.

Quién me dijera que al batir la greña
 Del cresco monte y la elevada cumbre,
 Con pié dudoso por su verde breña
 Había de llorar con pesadumbre
 La célica ilusion y las congojas
 De las marchitas hojas,
 Que fueron á la vida primavera,
 Del alma abriles en su edad primera.

Y quién dijera al noble pensamiento
 Que la mano rugosa y descarnada
 De mi inquietud y amargo sentimiento,
 El ánima enfermiza y asustada

Eternamente con dolor tuviera,
 Y cinco lustros fuera
 Imágen cuanto horrible peregrina
 A cuya luz mi porvenir se inclina.

Las dichas de mi vida placenteras
 De en hora en hora las nubló la suerte,
 Cual bárbaro aquilon en las praderas
 En las hojas se ensaña airado y fuerte.
 Iguales al nacer, ambas por cierto
 En hórrido desierto,
 La vida acerban, y del mismo modo,
 Sin nombre y sin color, besan el lodo.

¡Ilusiones de amor! Hojas de lirio
 Cuyo suave perfume el viento orea.
 ¡Cándidos sueños! Punzador martirio
 Que en su entusiasmo se forjó una idea;
 Pasad, por Dios, que conmovido el pecho
 En su infantil despecho,
 Ya no dará su canto al aura pura
 Ni grabará en los troncos su amargura.

A LA MEMORIA DE MI PADRE.

Cuántos años, ¡oh padre idolatrado!
Que entre los brazos del Señor del Cielo
Duermes el sueño de la muerte helado:
En mi angustiado duelo
Tu noble sombra sin cesar imploro,
Y uniendo á mi dolor el desconsuelo,
Sobre tu lecho funerario lloro
Mi vista alzando resignado al Cielo.

Dulces recuerdos de mi edad primera,
 Dejad que en torno de mi jóven frente
 Bata la inspiracion su ala ligera;
 En mi dolor ferviente
 Pulso las cuerdas de mi triste lira,
 Y al resonar mi cántico doliente,
 Desde tu huesa compasivo mira
 Mi horrible duelo y mi pesar ardiente.

¡Padre adorado! Espejo peregrino
 Donde mi vida trabajosa indaga
 Su infausta suerte ó su feliz destino;
 De mi memoria apaga
 La ilusion juvenil, la venturosa
 Delicia de otra edad, y en esta aciaga
 Era de desengaño tormentosa,
 En mi inmenso dolor, padre te embriaga.

¿Y quién mejor, ¡oh luz de mi existencia!
 Comprenderá mi lastimero canto
 Que brota el corazon en su inclemencia?
 ¿Ni quién mi tierno llanto

Verá mejor, ni acojerá sensible
 Estas horas de gélido quebranto?
 Solo tú, noble padre, que invisible
 Velas mi vida con tu escudo santo.

Aquí me tienes en el mundo, herido,
 Digno heredero de tu nombre grato,
 De propios y de estraños combatido;
 Con fiero desacato
 Relucha el mundo por vencerme fiero;
 Robusto atleta su maldad combato,
 Y si vencido por sus fuerzas muero,
 Cumpla al morir tu paternal mandato.

¡Oh cuánto duelo é incesante pena
 Beben mis lábios en dorada copa!
 Quebré de la amistad la fiel cadena:
 En la velera popa
 De la nave gentil, ¡funesto sino!
 Volé de Cuba á la vetusta Europa
 Ciñendo siempre en mi fatal destino
 De la santa virtud, la noble ropa.

¡Padre del corazón! cien y cien veces
 Anonadado, con entrambas manos
 Mis sienes estreché, y hasta las heces
 Bebí el dolor, y vanos
 Mis gritos iracundos, recorrieron
 La inmensidad de los tendidos llanos;
 Mis lamentos las selvas conmovieron,
 Y en mi propio país no tuve hermanos:

Y fuerte y duro como el roble añoso
 Que el huracán violento desafía,
 En dura liza me arrojé gozoso;
 Con bárbara alegría
 Aceptaron mi reto los malvados,
 Y al combatir su infamia y su falsía,
 En mi pecho dejaron enclavados
 Los dardos de su vil hipocresía:

Solo tu nombre sacrosanto puede
 Prestarle fuerza á mi abatido aliento;
 Solo á tu nombre mi desgracia cede
 Sin vil remordimiento;

Levanto sobre el mundo la cabeza
 Y á Dios elevo mi cristiano acento,
 Y en el limpio blason de tu nobleza
 Escribo mi dolor y sufrimiento.

¡Qué de esperanzas, generoso anciano,
 El porvenir magnífico me pinta.
 ¿Por qué duermes un sueño tan tirano?
 ¡Qué vida tan distinta,
 Qué nueva luz, qué cielo tan brillante!
 Mas sin tí, noble padre, en negra tinta
 Se empapa de mi sol la luz radiante.

Duerme tu sueño en paz, padre adorado;
 El canto que hoy exhala el alma mía,
 No va á tu oído de rencor preñado.
 Si la maldad impía
 Bate sus alas, lucharé sereno,
 Y mientras llegue el suspirado día
 De ver tu rostro y de estrechar tu seno,
 Tu santa bendición, padre, me envía.

A ORILLAS DEL ALMENDARES.

En un remanso sombrío
Del poético Almendares,
En la estación del estío,
Adornan el claro río
Aguinaldos y azahares.

Rueda su limpia corriente
Por entre guijos y flores,
En donde el plácido ambiente
Recoge amorosamente
Auras henchidas de olores.

En él con sencillo encanto
 Vuelan las pintadas aves,
 Que al son de su alegre canto
 Sueltan las plumas suaves
 Sobre el cristalino manto.

En él la amorosa luna
 Sus dulces rayos dilata,
 Y brilla sin mancha alguna
 Como una alfombra de plata
 Tendida en flotante cuna.

Allí no se escucha el trueno
 Ni el aquilon desatado,
 Y siempre el cielo sereno
 Baña de un tinte rosado
 El pintoresco terreno.

Selvas, bosques y jardines
 Embelesan á porfía,
 Y los bellos colorines
 Saludan al nuevo día
 En sus nidos de jazmines.

Y allí lucen su plumaje
 Matizado de colores,
 Como sobre el verde encaje
 Que forma espeso follaje
 Lucen las tempranas flores.

Todo es galas y verdura,
 Todo amor, todo deseo,
 En la florida espesura
 De este celestial recreo
 De la cubana hermosura.

El dulce lábio convida,
 Al corazón enamora,
 Al alma le da la vida
 Y al que las flores adora
 Una flor siempre escogida.

Y bañan los picos de oro
 Las aves en la corriente,
 Y los sinsones en coro
 Beben perlas en el lloro
 De su cristal transparente.

Y los cueros voladores
En las hojas juegan,
Y sus plácidos amores
Las guajiras saborean
Bajo doseles de flores.

Allí vive la inocencia
Sin temores ni cuidados,
Y en la limpia transparencia
De los cielos azulados
Se embellece la conciencia.

De dulce placer henchido
En ese albergue cubano,
Siempre de Dios asistido,
Pulsé con valiente mano
Mi instrumento bendecido.

Y como él solo me inspira,
Suelto al viento mis cantares:
De gozo el alma suspira,
Y de mirtos y azahares
Adorno mi pobre lira.

Rico vergel, albergue silencioso
Que cuajas de oro y perlas tus orillas,
Permite que en tu seno delicioso
Hoy entone mis cántigas sencillas.
Yo cantaré con estro armonioso
Tus flores, tus cristales y avecillas,
Y deja en pago que recline ardiente
Sobre tu suelo mi abrasada frente.

ILUSIONES PERDIDAS.

Como nave que rotas las antenas
Se salva del naufragio hecha pedazos,
En el mar tormentoso de mis penas
Desata el alma sus estrechos lazos;
Una choza, erigida en sus arenas,
De paz asilo, labrarán mis brazos,
Y en ella triste, verteré mi lloro,
Rotas las cuerdas de mi lira de oro.

Huya lejos de mí la aura indecisa
 Que entre las flores del vergel retoza;
 Bástame solo la infantil sonrisa
 De aquella vírgen que en mí bien se goza;
 Lejos del mundo y de su yerta brisa
 Seré feliz en mi desierta choza,
 Siempre que ignore en mi buscado duelo
 Si lloro penas ó ambiciono un cielo.

Y llore ó ambicione sin ventura,
 No quiero que contemple mi agonía
 La flor inmaculada de hermosura
 Que un tiempo mi existencia embebecia;
 Mis lágrimas ardientes de amargura
 Brotando sin cesar de noche y día,
 El fuego apaguen que en mitad del pecho
 Me tiene el corazón pedazos hecho.

En medio de este punzador martirio
 Que envejece mi alma dolorida,
 De verde yedra y oloroso lirio
 Riego la senda de mi triste vida;

Y respirando con mortal delirio
 De una ilusión la esencia desprendida,
 Mi frente se alza en su aromado vuelo
 Hasta tocar el pabellón del cielo.

Dulces un tiempo, peregrinas horas
 Que fuisteis á mi amor plácido encanto,
 Ocultad vuestras galas seductoras
 En este trance de amargura y llanto.

Huid de mi memoria, tentadores
 Recuerdos de mi vida ya pasada;
 Como espinas ocultas en las flores
 Vosotros hoy punzais mi alma apenada.

Para el triste en la tierra no hay ventura;
 Para el pecho infeliz ningún consuelo;
 Para un alma que llora su amargura
 Ni el sol alumbra ni le basta el cielo.

De eterno duelo el corazon vestido,
 Siglos las horas son de negro espanto,
 Y el lloro de sus ojos desprendido
 Mar que acrecienta su martirio santo.

¡Pobre poeta! Te contempla el mundo
 Como flor que parásita se seca,
 Escuchando tu canto moribundo
 Como el silbido de la caña hueca.

Bien puedes ¡ay! morir deshecho en lloro
 Sin que recoja tu postrer aliento
 La hermosa que cantó tu lira de oro
 Y embalsamó su aliento con tu aliento.

Sobre tu tumba, ni la suave aroma
 Del blanco lirio al sepultarse el día,
 Podrá impedir que la voraz carcoma
 Socave el borde de la losa fría.

Ilusiones de amor, horas perdidas
 En el pliegue insondable de la nada;
 Apartad vuestras alas homicidas
 Del hielo de mi frente acongojada,
 Y al compás de las lágrimas vertidas
 En esta soledad afortunada,
 Dejad mi estancia y recoged el vuelo
 Sobre el tendido pabellon del cielo.

FÈ Y ESPERANZA.

¡Hijos del mundo! La soberbia frente
Doblad al eco funeral que azota
El adormido ambiente;
Y la esperanza y la ilusion ya rota
Del porvenir magnífico y riente,
Cubrid de polvo, y con terrible espanto
De los ojos brotad rios de llanto.

Vosotros, que de aromas y de flores
Ornais el templo, y la existencia hermosa
De impúdicos amores,
Y en medio de la fiesta bulliciosa,
Entre danzas, festejos y licores,
Del placer apurais la copa impura:
Llorad vuestra desgracia y desventura.

¡Escuchad! ¡Escuchad! Ese sonido
De la ronca campana que vocea,
Es eco dolorido
De la cristiana sacrosanta idea
Que en alas va del viento enrarecido;
¡Bálsamo suave al corazón que gime,
Del mismo Dios, emanación sublime!

Llegad al templo santo sin mancha,
Y en derredor del túbulo sombrío
Doblad vuestra rodilla;
El pensamiento mundanal, impío,

Ante la Cruz del Redentor, que brilla,
Muera al nacer, y de su cárcel ruda
Lance del corazón la torpe duda.

Ante la Cruz, la odiosa tiranía
De los fuertes cobardes se estremece;
La vil hipocresía
Cual humo en los espacios desaparece;
Y al compás de la célica armonía
Que puebla el aire de brillantes sonos,
Se abren á Dios perversos corazones.

¡Cruz celestial! ¡Antorcha peregrina
De eterna salvación! Símbolo hermoso
A cuya luz divina
Siempre contrito el pecador lloroso,
Dobla la frente y la razón inclina;
Tú eres la llave del Señor del cielo:
Tú sola calmas de la tierra el duelo.

Tu rayo celestial, vivo y brillante,
 Iluminó mi débil existencia,
 Y te busqué constante
 En mis años de amor y de inocencia;
 Y en el regazo de mi madre amante,
 Mis ojos siempre, con filial ternura,
 Adoraron tu límpida hermosura.

¡Cruz celestial! Bellísimo tesoro
 De amor y de verdad, de luz y gloria;
 En acordado coro
 Celebra el mundo tu inmortal victoria;
 Y resonando en mis bordones de oro
 Tu régio triunfo y magestad cristiana,
 Mi alma, á tu santo pié, se postra ufana.

En vano, en vano de rencor henchida
 La vil supersticion alzó iracunda
 Su frente maldecida;
 Tu luz deshizo la tiniebla inmunda,

Y á la tierra alentando dolorida,
 Do quier fulgura y por do quier derrama
 Su vivo fuego tu abrasante llama.

A tu rayo en el Golgotha sangriento
 El orbe amedrentado se conmueve;
 El ancho firmamento
 Sus rudos quicios mueve,
 Y al dar el Hijo Dios su último aliento
 Sobre tu árbol de vida moribundo,
 Por tí salvó la humanidad y el mundo.

ILUSION.

Soñé que al despuntar el claro día,
Una mujer de blonda cabellera
Tocó mi frente por la vez primera,
Buscando ansiosa la mirada mia:

Como un ángel de paz me sonreía;
Y en plática sabrosa y placentera,
Me dijo que el amor es una hoguera
Que solo el alma en ideal sentía:

Yo la escuché; y al punto de mis ojos
Los párpados abrí... Cual niño ciego,
Clavé mis labios en sus labios rojos;

Bebí la vida en su mirar de fuego,
Y prendido en la red de sus antojos,
Mi débil corazón perdió el sosiego.

DESENCANTO.

¡Apártate de mí, vision hermosa;
Alza tu mano de mi triste frente;
La viva luz de tu pupila ardiente
Quema mi rostro y sin piedad me acosa;

Si eres del cielo compasiva diosa,
No turbes mi razon; mas si inclemente
Mi seno abrasas con tu seno hirviente,
Huye entre nubes de amaranto y rosa!

Y me oyó la vision... Sus dulces ojos
Revuelve airada, y vengativa y dura,
Alejose de mí vertiendo enojos;

Tiende su vuelo á la celeste altura
Y me deja del mundo en los abrojos
Llorando triste mi fugaz ventura.

EL BESO.

Ella estaba junto á mí;
Era su boca una rosa;
Nunca boca mas hermosa,
Ni mas fresca, jamás ví.

Fijos en ella mis ojos
Dulce besò la pedí,
Y sus lindos lábios rojos
Respondiéronme que sí.

Al oír su acento blando
 Me acerqué con frenesí,
 Pero dos perlas rodando
 De sus ojos advertí.

Yo la dije, ¿por qué lloras?
 ¿Acaso imprudente fui?
 ¿Dime, niña, si me adoras,
 Por qué te angustias así?

Un suspiro dolorido
 De su tierno pecho oí,
 Y su semblante encendido
 Perdió su color rubí.

Lleno de fuego, en su mano
 Un dulce beso imprimí;
 Mas un hielo soberano
 Dentro del pecho sentí.

Yo te adoro con delirio
 ¡Oh flor de Getsemaní!
 Calma tu horrible martirio
 Que ya me alejo de tí.

Abrió su divina boca,
 Y su aliento de alelí
 Tornó mi mente tan loca,
 Que ante sus plantas caí.

Huye, me dijo, inocente,
 Insensata te ofrecí,
 Con una locura ardiente
 Lo que yo jamás debí.

Huye, me dijo, y temblando
 Sumiso la obedecí;
 Ella quedóse llorando,
 Pero yo un beso la dí.

EN LA MUERTE DE MI HIJO.

¿A dónde volveré mis tristes ojos
En esta de dolor, hora sombría,
Recordando los míseros despojos

De un hijo que mi vida embellecía,
Aurora de mi bien, lazo amoroso
De la sola ambición del alma mía?

Sorda á mi ruego con su harpon odioso,
 La mano de la muerte despiadada
 Segó la flor de mi jardín hermoso;

Y mi alma, de dolor atribulada,
 Hoy suspirando llora la amargura
 De esta pena á ninguna comparada.

A mi existencia trabajosa y dura,
 Es aqueste martirio sobre humano
 Copa de amarga hiel que el lábio apura.

Generosa quizá, con blanda mano,
 Hasta las heces la enemiga muerte
 En mí derrama con rigor tirano.

Y pues que así lo quiere ¡oh fatal suerte!
 En consorcio la pena y la tristeza
 La ruina labran de mi pecho fuerte.

A la tierra se inclina mi cabeza,
 Y brotan de mis ojos encendidos
 Lágrimas que me dá naturaleza.

¡Ay goces del amor! ¿dónde sois idos?
 El bosque calla, y las tempranas flores
 Marchitanse á mis ecos doloridos.

El lirio de mis cándidos amores
 Sin pompa y sin odor yacé en el suelo
 Entre cañas y sauces tembladores.

Y bañan las corrientes de mi duelo
 Su tallo, de los euros regalado,
 Para llevarse su perfume al cielo.

Mi corazón, de angustia traspasado,
 Llora, suspira, gime y clamoarea
 De tanta pena y de dolor preñado.

Oscura es para mí la luz febea,
 Porque el sol que alumbraba mi camino,
 De otro mundo las órbitas pasea.

En vano al firmamento cristalino
 Mis párpados humildes se dilatan,
 Do quier buscando su fulgor divino.

Los cercos de tinieblas se desatan,
 Y en sus regiones húmedas y frías,
 De mi adorado sol los rayos matan.

Y en estas de dolor, horas sombrías,
 Perdido ya mi celestial tesoro,
 Brotad del corazon, lágrimas mías.

En la callada soledad devoro
 El tormentoso afán que delirante,
 Da á mis recuerdos el color del oro.

Jamás otro infortunio semejante
 Turbó la paz de mis felices años,
 Ni la tez marchitó de mi semblante.

En el mar de los tristes desengaños,
 Nunca sufrió la nave de mi vida
 Tantas borrascas, ni tan fieros daños.

De los cierzos violentos combatida,
 Vagando á la merced de un mar bravío,
 ¿Dónde consuelo habrá mi alma afligida?

En suspiros envuelto el llanto mio,
 A tu memoria, y de ternezas lleno,
 Corre abundoso, y sin cesar te envío.

Gota á gota resbálase sereno
 Hasta bañar ardiente y doloroso,
 De tu madre infeliz el casto seno;

Que en su lecho de plumas caluroso,
 Tu aliento perfumado recogia,
 Ebria de amor y goce deleitoso.

¡Madre infeliz! Tambien el alma mia
 Sufre y sustenta la insondable pena,
 En esta de dolor, hora sombría.

No lucio mas gallarda la azucena,
 Ni la rosa gentil su viva grana
 En selva umbrosa ó en floresta amena,

Que de tu hijo la frente, que galana,
 A la nieve escedia en la blancura
 Y al marfil en su gala soberana.

Con su pincel divino la natura
 Su rostro ornó de encanto y de ilusiones,
 Y en sus ojos vertió gracia y dulzura.

¡Costoso bien! Tan raras perfecciones,
 Cuna y sepulcro hallaron juntamente
 En la propia riqueza de sus dones.

Misero, quien se fia incautamente
 Del loco y caprichoso devaneo
 Que halaga nuestras almas blandamente.

Las penas y dolores son trofeo
 Que liga mi infortunio lastimoso
 A la rica ilusion de mi deseo.

Mi pensamiento levanté orgulloso;
 Y cual suelen las torres empinadas,
 De su propio valor está medroso:

Mis megillas en lágrimas bañadas
 Te prueban el amor del alma mia,
 Y aquestas de dolor horas nubladas.

Augusta Religion. En mi agonía,
En mi acerbo dolor y pena tanta,
Sobre mi frente tu fulgor me envía.

Entre tormentos cuyo horror espanta,
Gime mi corazón; y sin consuelo,
A tu trono inmortal su faz levanta.

Dulce á mi voz, desde el remoto cielo,
Acalla la funesta pesadumbre
Que devora mi alma en este suelo.

Destella las corrientes de tu lumbré
Siempre viva, y espléndida, y sublime,
Levántame piadosa á tu alta cumbre.

Quizá la pena que infeliz me oprime
Temple al fulgor de tu esplendente gloria,
Y mi doliente corazón reanime.

Que eternamente la terrible historia
Del pasado dolor y abierta herida,
Indeleble, grabada en mi memoria,

Dirá al mundo mi voz adolorida
Que al hijo que perdí y era mi encanto,
Le hubiera vuelto la preciosa vida
Si lágrimas y amor pudieran tanto.

ADIOS A CUBA.

¡Adios! ¡Adios! Brotando amargo llanto,
Te dije patria mia,
Cuando proscrito de tu playa huia
Sin otro porvenir que mi ilusion.
¡Adios! ¡Adios! la playa repetia,
Y mi agitado acento
Sobre las alas del ligero viento,
De los mios llegaba al corazon.

Del tormentoso mar débil juguete
 Mi eco dolorido,
 A su violento bramador rugido
 Fué de las ondas silencioso en pos;
 Y en su hirviente oleaje estremecido
 Mi pecho palpitaba,
 Y mis trémulos lábios agitaba
 Gritando sin cesar: ¡Adios! ¡Adios!

Al blando arrullo del favonio viento,
 Tendió con pompa grave
 Sus blancas lonas mi velera nave
 Sobre el cristal del trasparente mar;
 Y en la frescura de su seno suave
 Y agitacion sublime,
 Juré indignado odiar al que me oprime
 Y altivo y libre la opresion odiar.

Dentro del corazon senti el martirio
 De dulces ilusiones,
 Que halagaron mis férvidas pasiones
 De mi existencia en su primer albor;

Y al perderse entre espesos nubarrones
 Mi nativa ribera,
 Miré del sol la inestinguible hoguera
 Dar-me su fuego y eternal ardor.

¡Pobre de mí! Viajero infortunado
 En piélago azaroso;
 ¿Dónde, por fin, encontraré reposo,
 Puerto seguro, abrigo en mi orfandad?
 Si un decreto fatal y misterioso
 Me guía sin ventura,
 ¿Dónde hallaré la estrella que fulgura
 En medio de deshecha tempestad?

¡Pobre de mí! Cubierto el horizonte
 De nubes nacaradas,
 Ocultaba á mis ávidas miradas
 La playa hermosa y mi feliz hogar;
 Y las olas del mar aurirrolladas
 Cernian sus espumas,
 Tejiendo velos de flotantes brumas
 Sobre el diáfano espejo de la mar.

Cien y cien veces las potentes olas
 Mis lágrimas besaron,
 Y sonoras y alegres las llevaron
 A hundirlas en su inmenso panteon;
 Mis pupilas ardientes irradiaron
 La luz de mis enojos,
 Y al cielo levanté mis turbios ojos
 Estremecido de ira el corazon.

Cien y cien veces ¡Patria idolatrada!
 Quise de enojo lleno,
 Dar un cadáver mas al hondo seno
 Del proceloso y turbulento mar;
 Y en él flotando de dolor ageno,
 Burlar la mano impía
 Que me robó la paz del alma mia,
 Y el dulce bien de mi paterno hogar.

¡Mas qué importa! Si el triste peregrino
 Patria, de tí se aleja,
 Un tiempo habrá que el cielo le proteja;
 Un tiempo habrá que volará hasta tí:

Y en que trocando su doliente queja
 Por plácidos cantares,
 Celebrará á la perla de los mares
 Del indiano vergel, la nueva hurí.

¡Qué importa que le aleje su destino
 De su natal ribera!
 Su nave un tiempo surcará velera
 El claro mar tras su perdido bien;
 Y en tus bosques de eterna primavera
 Que arrullaron su cuna,
 ¡Oh patria de la gloria y la fortuna,
 Fortuna y gloria alcanzará tambien!

SONETO.

Del águila imperial siguiendo el vuelo
Desde la cumbre del Pirene frio,
Le vió gozoso el pensamiento mio
Dejar su nido y de Lutecia el suelo.

La vió escalar el pabellon del cielo,
Y allí burlando al aquilon bravío,
Estender de su raza el poderío
Del igneo polo á la region del hielo.

Reina del mundo con su garra fiera,
Rasgó un dia las célicas regiones
Para volver á su region primera:

Sus alas cobijaron mil legiones,
Y frente á frente de la Europa entera
Hizo temblar á reyes y naciones.

A ZEQUEIRA.

Cantor de Cuba insigne, que has roto de tu lira
Las resonantes cuerdas, orgullo de otra edad,
¿Por qué tu lábio calla y ardiente no respira
De tu agitada vida la eterna tempestad?

¿Por qué no se levanta tu frente poderosa
Y entonas sin recelo la mágica canción,
Del uno al otro polo llevando misteriosa
Con pompa y armonía tu rica inspiración?

¿Por qué, cantor, tu musa, festiva y delicada,
No rompe el duro yugo, que oprime sepuleral,
Tu voz que resonante cruzaba arrebatada
Los mares y la tierra con gala occidental?

¿Por qué tu lira calla? ¿Por qué yaces inerte
Perdido entre las palmas del límpido Almendar?
¿Acaso te condena la desgraciada suerte
A que mudo tu lábio no vuelva ya á cantar?

¿En dónde está, poeta, tu cítara de oro,
Tus dulces ilusiones, tu fuego juvenil,
Tu inspiración divina, tu cántico sonoro,
Orgullo de un gran pueblo y encanto de otros mil?

Pasaron como pasan las aves por el cielo;
Cruzaron como cruzan las nubes de zafir,
Dejando solamente memorias de consuelo;
Rasgando las tinieblas del hondo porvenir.

Un tiempo, un tiempo fuiste la garza voladora
Que osada hasta las nubes su vuelo remontó,
Y allí, batiendo el ala con fuerza tembladora,
En cada estrella fija un pensamiento halló.

De tu patria ensalzastes un tiempo la belleza,
Y en tonos apacibles las gracias del amor;
O bien, soldado ilustre, cantabas su grandeza
Y de las artes libres la gala y esplendor.

Tus cantos melodiosos las selvas conmovían,
Las galas de tu ingenio las flores del pensil,
Los héroes de tus cantos las bellas referían,
Las ninfas codiciaban tu lira de marfil;

Las fuentes sonoras te daban su murmullo,
El lirio su perfume, la rosa su color,
Y el sol de Cuba espléndido ceñía con orgullo
Tu frente, con los rayos de su eternal fulgor.

Los génios inmortales tu cuna bendijeron,
 Las auras de la noche tu bella juventud,
 El ruido de las hojas tus cantos predijeron,
 Y ornaron las sirenas de flores tu laud.

De tu pasada gloria la mágica corona
 Aun brilla inmarcesible ciñéndote la sien,
 Y el timbre de tus hechos que tu virtud abona,
 Por mil y mil edades honor y prez te den.

¿Por qué tu lábio calla, cantor esclarecido,
 Si en alas de los vientos tu nombre vuela ya?
 ¿Por qué tu plectro de oro, no hiere estremecido
 Las cuerdas de tu lira que silenciosa está?

Poeta, es el destino de mi alma vagarosa
 Buscar sobre la tierra quien pueda disipar
 La duda, que terrible fermenta sigilosa
 Aquí dentro, en mi mente, mas grande que la mar.

Es duda que consume mis años juveniles,
 Que fiera martiriza mi pobre corazon,
 Y duda que con formas brillantes y gentiles
 Alberga entre sus alas la muerte y destruccion.

Yo pienso que el poeta, sin una mision cierta,
 Errante por el mundo sin paz ni porvenir,
 Encuentra por do quiera la vida tan desierta,
 Que llora y gime y quiere, su imperio presidir.

Lo juzgo acá á mis solas cual ave pasajera
 Que corre, nada y vuela sin plumas ni color,
 Ansiando con delirio tender la garra fiera
 Para llenar el mundo de angustia y de dolor.

Quisiera en mi amargura saber el hondo arcano
 Por qué el Señor le hizo tan bella creacion,
 Y luego arrepentido, cual mísero gusano,
 Hundirlo entre la escoria sin fuerza ni razon.

Horrible es el martirio que sufre acongojada
 La frente que ambiciona coronas de laurel;
 Horrible, muy horrible sentir la carcajada
 Del mundo que le brinda sus cálices de hiel.

Mas no te importe, vate, la duda que me oprime,
 Que fué risueña y pura tu ardiente juventud;
 La mia, borrascosa, si canta llora ó gime,
 Do quiera miro alzado fatídico ataud.

Poeta, sí, cantemos... El sol de Cuba hermoso
 Destrence en nuestra frente su roja claridad,
 Y lleve nuestro canto sublime y generoso
 En medio de la triste y herida humanidad.

Y en Cuba, nuestra patria, la tierra de las flores,
 La cuna de las ceibas, la perla de la mar,
 Un cántico entonemos que lleve sus loores
 Del Ande nebuloso al frío subpolar.

AL ESCULTOR D. JOSÉ PIQUER.

Hija del cielo, inspiracion sagrada
 Inunda el alma mia,
 En luz y ciencia y magestad bañada,
 En raudales de ingente poesía;
 Y tú, de Cuba ¡oh sol resplandeciente!
 Con tu rayo fecundo
 Alumbra el caos de mi abrasada mente,
 Para cantar al pensador profundo
 Que domó el mar brabío,
 E hizo brotar un mundo
 Del piélago insondable del vacío.

¡Vedle, allí está! De sus rasgados ojos
 El brillo refulgente
 Domina el ancho espacio; de su frente
 Brota la inteligencia,
 Cual de rico fanal y transparente
 Brota el perfume de oriental esencia.
 ¡Vedle, allí está! Magnífico y sereno,
 Entre las orlas de su rico manto
 Oculta un mundo de tesoros lleno,
 Soñado en horas de mortal quebranto.

Condor audáz, de su silvestre nido
 En las alas voló del vago viento;
 Se acercó al sol sediento,
 Y del medroso trueno al estampido
 Cayó del alto cielo desprendido,
 Haciendo estremecer al firmamento.

¡Navegante inmortal, yo te saludo!
 Desde mi tierna infancia,
 Rendí culto solemne á tu grandeza;

Y ante tí deponiendo mi arrogancia,
 Hoy me prosterno mudo
 Y reverente inclino mi cabeza.

¡Dádme un cincel, en mi niñez decia,
 Y de Fidias y Escopas el aliento,
 Para alzar á Colon un monumento
 Entre las palmas de la patria mia!
 ¡Pueril afán! La cristalina esfera
 Siguió girando en magestad suave,
 Y el sol brotando luz en su carrera,
 Templó mi pena grave,
 Y el abundoso llanto
 Que en mi entusiasmo con dolor vertia;
 Dando á mi génio del poeta el canto,
 En lugar del cincel que el alma mia
 Soñaba en horas de infantil encanto.

¡Sublime don; magnífico presente
 Que levantó mi espíritu hasta el cielo
 Y dió fuego á mi mente

Para seguir en su brillante vuelo
Al condor, á las nieblas de Occidente!

En la oscilante popa
De su nave gentil, cruzó los mares
El inmortal marino,
Mientras con torpe escepticismo Europa
Ignoró sus pesares,
Su rumbo cierto y su feliz camino.
Su pensadora frente
Al cielo misterioso se volvía,
Y el cielo indiferente
Contemplaba su intrépida osadía,
Juguete débil de la mar rugiente.

Su pobre carabela
Del aquilon resiste á los furores;
Sobre montes de espuma
Ciérnese altiva, entre las nubes vuela,
Y del rayo á los vívidos fulgores

Sobre su puente el almirante vela,
El alma traspasada de dolores.

¡Vedle, allí está! De su esforzado pecho
La dura fibra sin temor dilata,
Y en su rostro atezado se retrata
El vértigo infernal de su despecho.
Jamás con mas derecho
El corazon torcido de amargura,
Pudo en su angustia y su dolor tirano
Revelarse olvidando en su locura,
Lo que á Dios debe el corazon cristiano.

Del piélago profundo
La ronca saña que en su centro hervia,
Halagó el alma y consoló sus penas;
Y entre sueños hermosos descubría
Las playas do jugaban las sirenas
Al despuntar el luminar del dia.

¡Oh que grato placer para sus ojos
La tierra hallar que en sus ensueños viera,
Y sus candentes arenales rojos

Ser su planta en hollarlos la primera!
 Está el cielo sereno, el mar en calma,
 La luz del sol naciente reverbera,
 Izánse de Castilla los pendones,
 Y el almirante levantando el alma
 A Dios Omnipotente,
 Al solemne tronar de los cañones,
 Su nuevo mundo regaló al Oriente.

¡Oh tú, el mas venturoso navegante
 Que los siglos pasados produjeron,
 Cuyo génio vivífico y brillante
 Ambos mundos absortos bendijeron!
 ¿Dónde está de tu gloria
 La corona inmortal que al mundo asombre?
 ¿En dónde el premio está? Solo lo historia
 En sus eternas páginas, tu nombre
 Guardará cuidadosa, y el encono
 De la ignorante turba cortesana
 Que desde el escabel de un régio trono
 Escarneció tu gloria soberana.

¿Mas qué te importa? En galardón sublime
 A tu génio inmortal y á tu memoria,
 Mi hermosa Cuba imprime
 Tu nombre entre los fastos de la gloria;
 Que por premiar tu generoso aliento
 Te da en la patria que su amor pregona,
 Cada hermosa mujer un pensamiento;
 Cada feliz cantor una corona.

¡Vedle, allí está! Tu génio poderoso
 ¡Oh Piquer inmortal, ferviente admiro!
 De la fama en el templo
 Sirviéndote de pluma los cinceles,
 Sentado te contemplo
 Coronada la frente de laureles.
 Tu inspiración divina
 Del bronce doblegando la rudeza,
 Concibió peregrina
 Esa tu estatua de inmortal belleza,
 Que de mi patria amada
 Es la artística joya mas preciada.

¡Y tú, eterno serás! Cual ella eterno
 Tu nombre resonando en ambas zonas,
 Del golfo las sirenas
 En grutas de corales
 Tejerán á tu frente mil coronas;
 Y templando los vates tropicales
 Sus ricas arpas de oro,
 Darán al viento en acordado coro
 En tu loor sus himnos inmortales.

Basta á tu gloria la feliz conquista
 Ganada por tu génio soberano.
 ¿Quién no tributa culto al poderío
 Del espíritu humano?
 Audaz el estro mio
 En su incansable vuelo
 Y del alma entusiasta en la tormenta,
 Abarca tierra y mar, asciende al cielo,
 Y cae herida en su febril anhelo
 Porque cantar tu triunfo en vano intenta.

¡Tejed, ninfas hermosas,
 Coronas mil de siempreviva y rosas

Al famoso escultor! De los palmares
 Las auras vagarosas
 En revoltosos giros
 Recojan los balsámicos olores
 De cándidas violetas y azahares;
 En cribas de zafiros
 La esencia vaporosa de las flores
 ¡Cubanos, recojed! No cual un día
 Surca Colon el mar dejando á España
 Presa de angustia fiera;
 Que ya el amor de Europa le acompaña:
 La admiracion de América le espera.

¡Vuelve el condor á su adoptivo suelo...
 Doble inmortalidad su frente ciñe!...
 ¡Patria feliz! Bajo tu rico cielo
 Albergarás al genovés, que osado
 Por haber descubierto un nuevo mundo,
 Murió infeliz y pobre y olvidado,
 Y en su dolor profundo
 Te lo envía la Europa coronado.

¡Rugiente mar! Sobre tus crespas olas
 Vuele con pompa grave
 Esa velera nave
 Izadas las banderas españolas:
 Y si un día tu cólera desatas
 Nuevo Titan, llegando al firmamento,
 Respeta al gran marino:
 No abras de tus hirvientes cataratas
 El vértice sediento...
 Que vencerte otra vez es su destino...

Déjala en paz llegar al Occidente,
 Donde le espera la matrona indiana
 Ceñida de coral la bella frente
 Entre lechos de nácares y grana;
 Ebria de amor y de esperanza y gloria
 La bulliciosa juventud de Cuba,
 Templando á su placer sus harpas de oro,
 Entonará radiante de alegría
 El himno que sonoro
 Hasta el Empíreo suba.

El pueblo castellano conmovido
 Al eco halagador de sus cantares,
 Dirá llorando su funesto olvido:
 ¡Yo, con desden profundo,
 Dejé morir al génio portentoso
 Que dió al cetro español un nuevo mundo!
 Mas hoy con noble aliento
 La perla de los mares,
 De gozo enagenada,
 Erige al gran Colón un monumento,
 Pagando así mi obligación sagrada.

AL SOL DEL TRÓPICO.

SONETO.

Al despertar la tierra americana
Del largo sueño de la noche fría,
Le dijo al rojo luminar del día:
Deja tu lecho de encendida grana;

Lanza tu rayo en mi feraz Sabana;
La niebla rasga de la selva umbría,
Y sobre el campo que mis cañas cria
Tu rico polen fecundante mana.

Oyóle el sol, y remontando el vuelo,
Trepa glorioso hasta el cenit dorado;
Clava su disco en la mitad del cielo,

Y en vivo fuego y esplendor bañado
Del polo Sur á la region del hielo,
Aparece de rayos coronado.

EL JAZMIN.

Mi trabajoso día
Finaba entre los pálidos fulgores
Del sol que declinaba,
Cuando hacía un verde prado
Bordado de arroyuelos y de flores
La planta perezosa encaminaba.
Alegre y regalado,
Eseché la armonía
De una fuente que perlas derramaba,
Al arrullo de pájaros cantores.

Entréme, y su frescura
 Me convidó al descanso.
 Era un primor su gala y su hermosura,
 El aire suave y apacible y manso,
 La fragancia esquisita,
 Armonioso el concierto de las aves
 Que de la fuente en el cristal sonoro,
 Mojaban sin temor las plumas suaves
 Matizadas de púrpura y de oro.

Ligero un pajarillo,
 Mas que el azul del cielo arrebolado,
 Del Hespero naciente al claro brillo,
 Con su picuelo arpado
 Las ramas de un tomillo
 Iba cogiendo con presteza suma,
 Trémulo y desalado
 Como en las aguas la flotante espuma.

Sentéme allí, y sintiendo
 Dentro del corazon gozo inefable,
 Mi ya cansada vista fué siguiendo

Con los ojos del alma,
 Su vuelo tan mudable;
 Que siempre es ciego quien perdió la calma.

Lancéme presuroso
 Quebrando tallos, deshojando flores,
 Al escondido sitio, y oloroso
 Albergue de las ninfas y pastores;
 Y del deseo reparando el vuelo
 De un pabellon de yedra,
 Que de escalar al cielo
 La arrogancia no arredra,
 Ví un jazmin solitario
 Salir de entre el follaje
 De la verde espesura,
 Deslumbrando á la vista su blancura.

Hiriérome ¡ay! los ojos
 Mas que la nieve pura,
 Sus hojas misteriosas
 Emblema inmaculado de pureza,
 Que de perfiles rojos,
 Ornó con su pincel naturaleza;

Y en su fragancia y nítida belleza
 El aura perfumada de la noche
 En su cáliz divino se adormía,
 Mientras la luna desde su albo coche
 Sus rayos melancólicos vertía,
 Y en su disco brillante reflejaba
 El rico estambre de su débil broche.

Allí, en la soledad y apartamiento,
 Por tí, jazmin fragante,
 Lágrimas de ternura
 Mis ojos derramaron;
 Y el pecho palpitante
 De amor y de esperanza,
 Fingió en tus hojas de inmortal blancura,
 En dulce remembranza,
 La frente de una vírgen ruborosa,
 Mas que el carmin y que la nieve hermosa.

Por tí, jazmin divino,
 Mi corazon ageno de cuidado
 Se enciende en tu perfume peregrino;

Y al descojer la aurora
 Su rico faldellin de nieve y grana,
 Llorando perlas que la flor adora,
 Si tus hojas no son lástima vana,
 Al trémulo alborar de la mañana
 Las sienes transparentes
 De la índica beldad ciñe y colora.

Bajo el dosel, en tu espesura umbría,
 De tus ramas hermosas,
 Donde la luna su fulgor retrata,
 Revuelan las alegres mariposas
 De alas de azul y plata;
 Mientras en deliciosas
 Pláticas, los amantes
 Se cuentan sus amores,
 De gozo y de ternura palpitantes,
 Envidia de las aves y las flores;
 Y en su redor ligeras susurrando
 Laboriosas abejas,
 Al escuchar sus apacibles quejas,

En tu cáliz divino van libandò
La dulce miel que en tu abandono dejas.

Y así conserves tu beldad primera
Cuando las mústias flores
Cubran de sus despojos la pradera
Del aterido invierno á los rigores;
Y como yo te doy del pecho mio
El cariño incesante,
Te dé frescura el rio,
Y á tu sien ciña espléndida y fragante
El alba la corona del rocío.

AL MAR.

¿Por qué no he de cantar, si el plectro de oro
Ardiendo en vivo fuego,
Pulsó un poeta y su cantar sonoro
Grabó la fama en sus anales luego?
Yo, poeta también, en mudo pasmo
¡Oh mar! en tu ribera embebecido,
Te admiré en mi niñez; y de entusiasmo
Alzo mi voz y de esperanza henchido;
¡Ah! plegue á Dios que á mi afición respondas
Inspirando mi canto, y con él vayas
A las distantes playas,
Adonde llevas tus soberbias ondas.

Héme en tu orilla de terror absorto,
 ¡Inmensurable mar! La vista mía,
 Al seguir tu incesante movimiento
 Se desvanece al par y se estasia,
 Y osado el pensamiento
 Tiende sus libres alas,
 Buscando de tus quicios inmortales
 El inmutable asiento.

Vagando silencioso en los palmares
 De la índica beldad del Occidente,
 Ansié surcar tu turbulento seno;
 Y olvidando del alma los pesares,
 Ante tus olas levanté la frente
 De noble orgullo y de entusiasmo lleno.

¡Salve, sagrado mar! ¡Salve mil veces!
 En la abrasada arena
 A que das de tus olas el tributo,
 Reverencio la mano poderosa

Que tu furor enfrena,
 Como al indócil bruto
 La bárbara cadena,
 Sujetando su furia impetuosa.

¿Qué fuera de tu inmenso poderío
 Sino te dieran su feraz tributo
 Los rios espumantes,
 Que dilatan sus húmedas arenas
 Entre lechos de perlas y brillantes,
 Mientras llevan sus linfas bulliciosas
 A confundirse con la blanca espuma
 De tus ondas serenas,
 Que salpican audaces con su bruma,
 Las ricas playas de corales llenas?

¡Salve, otra vez! El alma estremecida
 Huye en las alas de aquilon fogoso,
 Y allá en el horizonte nebuloso
 Busca en tu origen y en tu propia vida

El principio del caos tenebroso;
 Y á la pálida luz de un mundo muerto,
 Cuando la mano del Señor sublime
 En nubes condensadas,
 De vapores aligeros llevadas,
 Rompió sus senos de eternal frescura,
 Espléndido, soberbio, inagotable,
 Estendistes tus brazos poderosos
 Del uno al otro polo formidable,
 Y en los cóncavos montes de la tierra
 Te alzaste inexorable,
 Llevando por los mundos temblorosos
 El destructor azote de la guerra.

Las negras tempestades
 Se cobijaron en tu hirviente seno;
 Te vieron las edades
 Con espanto rugir, y el sol sereno,
 Velado en nubes de mortal pavora,
 En su áurea tumba reclinó la frente
 Por no mirar su rayo refulgente

Helarse entre tus ondas,
 De eterna frialdad y nieve pura:

En el ardor inquieto de mis años,
 En un débil esquife
 A tus ondas volubles me entregaba,
 Y tu salobre espalda fatigaba
 Entregado en los brazos del destino;
 En ráudo torbellino
 A tu inmortal corriente
 Con el remo tranquilo golpeaba,
 Y tu furor potente
 Veloz la prora sin cesar burlaba,
 Oyéndote bramar indiferente.

Y en tu solemne música embriagado
 Mi ardiente fantasía,
 Entre montes de espuma sepultado,
 Tu magestad media,
 Y el rostro hermoso de tu Dios veía
 En los frios cristales reflejado.

¡Nací para admirarte! Embelesado
 Al desatarse la feroz tormenta
 Solemne culto te rendí en mi alma;
 Y en la apacible calma,
 Libre aspiré tu aroma regalado.
 Tu vortice sedienta
 Vieron siempre mis ojos
 Abrirse con espanto,
 Y en tu diáfana cárcel misteriosa
 Hallaron mis antojos
 La creacion sublime y portentosa,
 Darte risueña su celeste encanto.

¡Oh! cuantas veces al morir el día
 Entre nubes de púrpura y de nieve
 Cuando noche sombría
 El cielo, pavorosa,
 En su manto de sombras escondía,
 El suave beso de tu brisa leve
 Mi suelta cabellera acariciaba,
 Mientras alta la luna silenciosa
 En tu diáfano espejo cristalino

Sus rayos tembladores fulguraba,
 Y en éstasis divino
 Al blando arrullo armónico y sonoro
 De tus ondas tranquilas,
 Mis ardientes pupilas
 En el trópico, absortas contemplaron
 La rica lluvia de oro
 Que tus blancas espumas reflejaron.

Magnífica y sublime,
 Tersa alfombra de vívidos colores
 Tu vasta superficie parecía,
 Y el cielo despejado de vapores
 En tí se confundía;
 Lloraban las estrellas
 Sobre tu manto su celeste fuego,
 Y en plácidas querellas
 La brisa murmurando
 Iba á las nubes sin cesar robando
 El dulce humor con su lascivo juego,
 Para bañar con lluvias deliciosas
 De la abrasada tierra
 El vasto llano y la escarpada sierra.

Nunca ¡sagrado mar! lleven tus ondas
 A las riberas de la patria mia,
 La destruccion horrible y el estrago,
 Ni al bélico clamor nunca respondas
 De la ambicion impía,
 Ni á su funesto halago;
 Primero de tu hirviente catarata
 En hondo tumbo y denso remolino
 Levanta las oleadas espumosas,
 Y con poder horrísono arrebatada
 Las naos orgullosas,
 Que preñadas de duelo y de rencores,
 Surcan tus ondas de color de plata
 La guerra concitando y sus furores.

Oye ¡sublime mar! mi débil ruego...
 Huyen de mí los años
 Y tú eterno serás... Mi inquieta mente
 A tu poder irresistible y ciego,
 Despierta llena de entusiasmo ardiente.
 ¡Dure mi nombre y mi insonoro canto
 Cual tu gloria inmortal! Si al plectro mio

Ora le falta el inspirado encanto,
 Timbre augusto del vate,
 Hoy el tributo de mi amor te envío,
 Y estático ante tí mi pecho late.
 ¡Ah!... cuando el dedo de la muerte airada
 El hilo córte de los tristes días
 De tu pobre cantor, tú, ¡mar sagrada!
 Baña su tumba con tus ondas frías.

LA CREACION.

¡Espíritu inmortal! Mi mente llena
De sacra fé, de inspiracion cristiana,
Que el canto de la dulce poesía
No basta solo en abundosa vena
Para cantar la empresa soberana
Ante la cual desmaya el alma mia;
Solo un tremendo dia
Pudo haber mas glorioso y mas fecundo
Que el universo asombre,
El dia aquel en que murió el Dios-hombre,
Por redimir la esclavitud del mundo.

Todo era oscuridad, niebla y vacío...
 Informe la materia,
 Entre el caos sin rumbo navegaba,
 Y allá en su centro frío
 Sin fuerza ni violencia fermentaba.
 En su principio, eterna
 Le dió vida al no ser, independiente
 Luchaba con su propio poderío;
 Ningun cuerpo viviente
 Habitaba sus antros nebulosos
 Cuando el brazo de Dios Omnipotente,
 Mirándola sin vida allí abismada,
 Sacó el cielo y la tierra de la nada.

Surgió el mundo, y sereno
 Del haz flotante de las aguas densas,
 Rico de gala y magestad inmensas,
 De variedad y de hermosura lleno:
 Su artífice divino
 Dejó llevar su espíritu increado
 Del hilo de las rápidas corrientes,

Y en cresco remolino
 Sus espumas hirvientes,
 Brotaron de su espejo cristalino
 La materia sin forma que bullía,
 Desnuda y seca en derredor vacía.

Y fué la luz; arrebolada y pura
 Se derramó por la esponjada tierra
 Dando calor á la materia inerte
 Que su beldad fulgura;
 Suave su rayo por el éter vierte;
 Rasga la oscuridad, ella destierra
 La tarda sombra, desaparece el caos,
 Y fué la tarde y la mañana un día,
 Y noche solo la tiniebla fría.

El firmamento azul en el espacio,
 Rico dosel en el cenit prendido,
 Apareció las aguas dividiendo:

Con armonioso estruendo
 Alzarónse las olas de los mares
 Que á eterna ley sujeta
 De su Hacedor la mano Omnipotente,
 Y que la tierra inquieta
 Vió estenderse y crecer con sus millares
 De átomos infinitos;
 Y bello y trasparente
 Estrelló en sus riberas arenosas
 Su onda movible y fria,
 Rica de deslumbrante pedrería.

Y brotaron del seno de la tierra
 Por invisible encanto
 Semillas de las yerbas y las flores,
 Arboles bellos y valiosos frutos
 Del ancho llano á la escarpada sierra;
 Los montes eminentes
 Se pintaron de fúlgidos colores,
 Alfombras olorosas,
 De blancos lirios y encendidas rosas,

Tapizaron los valles florecientes
 Y las cóncavas grutas;
 Los rudos campos, las profundas capas
 Rompieron de la tierra creadora;
 Brotó rico y fecundo
 El gérmen vegetal del frio suelo,
 Y el Hacedor del mundo
 Al contemplarlo, sonrió en el cielo.

Y despues de la luz, clara y hermosa,
 No satisfecho el Creador divino,
 Hizo el sol y la luna y las estrellas,
 Para dotar al suelo peregrino
 De las cosas mas útiles y bellas;
 En la mitad del rutilante espacio
 Enclavó el sol ceñido de esplendores;
 Dió color del topacio
 A sus vívidos rayos tembladores,
 De eterno fuego y vida y armonía
 Para la noche separar del día.

Para la noche fabricó la luna,
 Suave y opaca, magestuosa y leve,
 De la tierra constante compañera,
 De su brillante cuna
 Lloviendo rayos de argentada nieve.

Cual polvo de oro, salpicó el espacio
 De fúlgidas estrellas,
 Conjunto incomprensible de hermosura
 Rodando en armonía,
 Focos de luz de ardiente pedrería,
 Y en órbitas girando señaladas
 En mil dorados limbos
 Y en esferas sin fin eslabonadas.

Y el mundo todo reflejó al instante
 La viva luz del éter derramada
 Por todo el cerco que midió radiante
 Del Creador la espléndida mirada;

Dividió el día de la noche oscura
 Y apartó las tinieblas de la tierra;
 Marcó las estaciones,
 Las horas y los años y los meses,
 Y señaló, de la celeste altura,
 Los climas apartados y regiones.

Y prosiguió su obra portentosa,
 Mandando al elemento
 Que de la tierra separado había,
 Que su seno terrible y turbulento
 Se poblara de especies diferentes:
 Al pez ligero le cubrió de escamas
 Duras y transparentes;
 A la fiera le dió la piel hermosa,
 A esta para vivir la selva hojosa,
 A aquel para nacer cuna de lamas;
 Vistió el árbol de gala y de verdura,
 De hojas frescas y suaves,
 Donde cruzando por el aura pura,
 Descanso hubieran y solaz las aves;

Y viendo que su idea realizaron,
 El Señor les bendijo; y por la tierra
 Crecieron y su raza perpetuaron
 Del hondo mar á la escarpada sierra.

Y no contento el Hacedor del mundo
 De haber creado la inmortal belleza
 De todo lo viviente y animado,
 Para ostentar la celestial grandeza,
 «Hagamos, dijo, al hombre
 »En todo semejante
 »A nuestro propio espíritu increado;
 »Y los peces, las aves y las fieras
 »A su poder se humillen placenteras.»

Y dijo Dios, y sus creadoras manos
 Tocando el limo de la tierra impura,
 Formó del hombre el inmortal modelo
 De frágil barro, y le inspiró en el alma

Altivos pensamientos, soberanos,
 Soplo de vida, que á su ser augura
 El alto origen del Señor del cielo.

Y el hombre fué, y el Creador del mundo
 Ornó su frente de fulgor divino...
 Sábio, eterno, magnífico y profundo
 Sembró de flores su feliz camino;
 Espléndida morada
 De mágicas lumbreras coronada,
 Le dió para vivir.—Árboles bellos
 De grata sombra y sazonados frutos,
 De balsámica esencia y de frescura
 Poblaban el vergel de su alegría;
 De su inmortal origen cual tributos
 Perlas manaba la esquisita fuente
 Que el aura silenciosa desparcía;
 Piedras preciosas, delicadas pieles
 Alfombraban el sitio deleitoso;
 Coronas de jazmin y de laureles
 Pendían de las verdes enramadas;

Los pájaros cantores
 Bullian en las ramas de las flores;
 Verde tapiz de matizada yerba
 Convidaba al reposo,
 Y cuatro rios de veloz corriente
 Fecundaban el suelo misterioso,
 Llevando sus espumas cristalinas
 Sobre corales y esmeraldas finas.

Absorto el hombre revolvió sus ojos
 Por todo el cerco del eden florido,
 Y árbitro en sus antojos
 Bendijo al Creador agradecido:
 Su espíritu viviente
 Levantó á lo increado,
 Y Dios Omnipotente
 Le hizo señor de todo lo animado
 Y ornó de rayos su invencible frente.

Aletargado en inefable gozo
 Se admira el hombre y su Hacedor conoce:

Radiante de placer y de alborozo
 El tigre bota, silba la serpiente,
 Eriza de alegría la melena
 El soberbio leon, bulle en las gramas
 El insecto y reptil, la onda serena
 Surca el pez entre lamas,
 Al escuchar de Adan la voz potente
 Que con acento grave
 Les da á todos un nombre,
 Y al dominio del hombre
 Sujeta insecto y pez y bruto y ave.

Y bendijo el Señor Omnipotente
 La obra de sus manos,
 Y al hombre le revela los arcanos
 Ricos é inescrutables de su mente;
 Adan lo escucha; siente
 Arder el fuego de su vida hermosa
 Que mira silenciosa
 La mágica morada
 A su eterno deleite fabricada.

Brillaron en mitad del firmamento
 Los astros rutilantes de hermosura,
 Y Dios le dijo con robusto acento:
 «El mundo es para tí, tú eres mi hechura;
 »Frutos te da la sazónada tierra;
 »Para calmar tu sed, brota la fuente;
 »Y el orbe todo encierra
 »Para tu hambre la feraz simiente;
 »Solo vedado te será una fruta
 »Que del árbol del mal solo procede;
 »Vive feliz—mi creación disfruta;
 »De tí guardado mi mandato quede.»

Oyólo Adán, y en su semblante hermoso
 Irradió la alegría y el contento,
 Y en los brazos callados del reposo
 Descanso halló su cuerpo y pensamiento;
 En medio de su sueño deleitoso,
 La mano del Señor, suave y ligera,
 Estrajo de su carne y de sus huesos
 Su dulce y semejante compañera,

Colmada de inefables embelesos
 Y de virtud divina...
 Adán despierta, y de emoción perdido,
 Su blanca frente sin temor reclina
 Sobre su seno fiel de amor henchido,
 Y Dios alzando sus potentes brazos
 Unió sus almas con estrechos lazos.

Adán y Eva en actitud sencilla
 Sus dos almas en una confundieron;
 Desnudos ambos sin temor vivieron
 Ajenos de dolor ¡oh maravilla!
 Su casta frente esplendorosa brilla
 Mas que los astros y sus luces bellas,
 Y tras sus leves huellas,
 Los ángeles volando
 Iban sus pensamientos inspirando.

Dulces las horas de su vida hermosa
 La clepsidra del tiempo señalaba,
 Y eran sus sueños de color de rosa

Probar la fruta que el Señor vedaba;
 Eva escuchando á la fatal serpiente
 Comió del árbol la vedada fruta,
 Y Adán faltando á su Hacedor elemento,
 Perdió la gloria y de su Dios la gracia,
 Labrando al punto su fatal desgracia:
 Y fué su raza del Señor maldita
 A eterno duelo y privación sujeta,
 Condenada á romper la dura veta
 Del suelo en que gravita,
 Siempre con hambre el lábio, siempre inquieta
 El alma en sus deseos infinita.

Y Dios volviendo sus ardientes ojos
 Por el cóncavo azul del firmamento,
 Vertió rayos de enojos,
 Haciendo estremecer su firme asiento;
 El mundo conmovido
 Lloró aun la culpa del primer pecado,
 Y con lágrimas riega arrepentido
 La madre tierra de que fué creado.

¡Creación inmortal! Obra divina;
 Cuando llegue, tu esencia consumada,
 El último momento de tu ruina,
 Acaso trasformada
 En esencia distinta y en figura,
 Continuarás de Dios el pensamiento
 Con que ha regido la inmortal natura:
 Solo existe un portento
 Mas grande que tu ser... solo él escede
 A tu gloria inmortal... el alma humana,
 Que contemplarte puede,
 Rica con la sublime inteligencia
 Que en su poder fecundo
 Enciende en ella el Hacedor del mundo.

AL AGUILA.

Ave de belleza suma
Que como nave entre espuma
Del claro mar tropical,
Navegas, bajel de pluma,
Por el éter inmortal.

¿A dónde tiendes el vuelo
Surcando el azul del cielo
Y sus nubes de zafir,
Llenando de asombro el suelo/
Que triste te ve partir?

¿A dónde vas afanosa
Batiendo tu pluma hermosa
Donde su puro arrebol
Refleja el alba de rosa,
Refleja al morir el sol?

¿Dónde vas, hija del aire,
Hendiendo con tu donaire
Nubes de vario color,
Que temen que las desaire
Tu vuelo fascinador?

Ave de Cuba, galana,
Mas que bella, soberana
Del solitario palmar,
Cuando el sol de la mañana
Comienza el campo á dorar.

Por las regiones del viento,
Mas allá del firmamento,
Retrata el azul celaje
El color del pensamiento
Que matiza tu plumaje.

Y en los rayos tembladores,
Que son del alba vapores
Y perlas que llora el sol,
Bebe los suaves colores
De su rico tornasol.

Tú bien puedes, arrogante,
Ave soberbia y pujante,
Las esferas pasear,
Burlándote á cada instante
De los vientos y la mar.

Ave de vistosas plumas,
Que subes entre las brumas
Hasta el éter tropical,
De tus fuerzas no presumas
Porque al fin eres mortal.

Sobre las nubes doradas,
De tus plumas salpicadas
Por el brillante matiz,
Lanzas altivas miradas
Sobre la tierra infeliz.

Y no temas, ave hermosa,
 Que tu pluma vaporosa
 Pierda su nítido albor,
 Aunque entre nube enojosa
 Vele el sol su resplandor.

Vuela gentil, y en el cielo
 Posa tu rápido vuelo,
 Ave hermosa tropical;
 Que absorta te mira el suelo
 En el espacio inmortal.

Cruza con temblantes alas
 Las ricas etéreas salas
 Del celeste pabellon,
 Y luego vierte sus galas
 De América en la region.

LORENZO.

«Aquí yace el virtuoso y humilde hermano Lorenzo. Seis años hizo penitencia y oracion en esta orden de San Agustin. No profesó; pero ningun mortal habrá hecho mas para merecer las bendiciones de los hombres y el perdón de Dios Nuestro Señor. La tierra le sea leve.»

Allá en un tiempo, cuando Dios queria,
 Y en mis manos la lira melodiosa,
 Torrentes derramando de armonía,
 Bajo las palmas de mi patria hermosa
 El eco de mi canto se perdía
 Al murmullo del aura vagarosa,
 Y al límpido fulgor de las estrellas
 Exhalaba dulcísimas querellas,

En la quietud del campo bendecido,
 Mis ojos levantando sin recelo
 Al Creador, vagaba embebecido
 Viendo brillar el pabellon del cielo;
 Del vigilante cárao el graznido
 Llenó mi alma de profundo duelo,
 Y entre las sombras de la noche oscura
 Dí riendas á mi amarga desventura.

Solitario mi triste pensamiento
 Recordó los encantos juveniles
 Que embalsamaron con su dulce aliento
 Las ninfas de los índicos pensiles;
 Y al pié de un tamarindo corpulento,
 Delicia de mis años infantiles,
 De fúnebres presagios asaltado,
 Cabe su tronco me senté cansado.

Con ambas manos mi ardorosa frente
 Convulso y delirante golpeaba,
 Del corazon el músculo latente
 Creyendo que del pecho me saltaba;

Cercado de tinieblas tristemente
 La historia dolorosa recordaba
 De un pobre monje, que nació cubano,
 Y á quien yo amé como á mi propio hermano.

Su aciago fin y desdichada historia
 El alma guarda en su dolor herida,
 Y cuenta entre los fastos de su gloria
 Los nobles hechos de su hermosa vida;
 De eterno ejemplo su infeliz memoria
 En mármoles y bronce esculpida,
 Si no conmueve al corazon de espanto
 Hace brotar el manantial del llanto.

Génio sublime.—Espíritu indomable,
 Su corazon sencillo y virtuoso,
 A quien el mundo persiguió implacable
 Sin darle treguas ni á su afán reposo;
 En sus vastos proyectos inmutable,
 Recto, prudente y de su lábio hermoso
 Manando del saber la rica esencia
 Filtrada en el crisol de su experiencia.

Humilde y generoso con los sábios;
 De clara luz y alzado pensamiento,
 Siempre brotando de sus rojos lábios
 Palabras de esperanza y de contento;
 Sin que jamás vengara los agravios
 Hechos á su constante sufrimiento;
 De la virtud ceñido con la veste
 Llenos sus ojos de esplendor celeste.

¡Pobre Lorenzo! Hermano de mi vida,
 En mi ilusion fantástica te miro,
 Envuelto en el sayal, la frente erguida,
 Vagando silencioso en tu retiro,
 Llegarte luego al ara bendecida
 Y del pecho lanzando hondo suspiro,
 Buscar en Dios el único consuelo,
 Que siempre te negó tu pátrio suelo.

Al pálido reflejo misterioso
 Del cirio que alumbraba tu aposento,
 Cuántas veces te he visto silencioso
 En lucha con tu propio pensamiento;

Y en perpétua oracion, triste y lloroso,
 Delante el torcedor remordimiento,
 Contar las horas y olvidar los días
 Pasados al rumor de las orgías.

El soplo de tu amarga desventura
 Hiela mis venas y asesina el alma;
 Lágrimas sigilosas de amargura
 Brota por tí mi corazon sin calma;
 Estas fecundan con su sávia pura
 De tu marchita sien la noble palma,
 Y dejan que insensato el necio mundo
 Se burle de ellas con desden profundo.

¡Malditas horas de dolor impío
 Que envenenais mi espíritu inocente;
 Vuestro rudo y cobarde poderío
 Desprecia altiva mi ardorosa mente!
 Enmedio del dolor, yo me sonrío,
 Y al placer ó pesar indiferente,
 Sigo del mundo la tortuosa senda
 Sin que su loco laberinto entienda.

Dichoso tú, Lorenzo, que dejaste
 El polvo de este vasto cementerio,
 Y al dulce seno de tu Dios volaste
 Cansado de tu horrible cautiverio;
 Dichoso tú, que alegre abandonaste
 La nebulosa luz de este hemisferio,
 Para habitar la mágica morada
 De eterna luz y de esplendor bañada.

¡Pobre Lorenzo! Amastes con delirio
 A una mujer sin alma y sin talento,
 Que aunque bella y hermosa como un lirio
 Emponzoñó tu aliento con su aliento;
 Solo por ella en infernal martirio
 La vida odiaste, y con feroz tormento
 Un día y otro día te engañaba
 Y tu doliente corazón hollaba.

Astuta sierpe, devoró tu seno;
 Y sorda á tus gemidos y dolores,
 Gota á gota vertía su veneno
 En tus tiernos y cándidos amores;

Nublado el sol de tu vergel sereno,
 Te asediaron las dudas y temores;
 Y loco de pesar, no blasfemaste,
 Y su feo delito perdonaste.

Ebrio de amor, y rico de ilusiones,
 En pos de la esperanza halagadora,
 Quisistes confundir dos corazones
 Que aparta el odio con la faz traidora;
 Del mundo despreciastes las lecciones;
 Bebiste amarga hiel hora tras hora,
 Y en vértigo incesante consumido,
 Huías de tí mismo aborrecido.

Los años sucediéronse á los años
 ¡Pobre Lorenzo! Desgarrado el seno
 Tocastes la verdad de sus engaños,
 De horrible angustia y de vergüenza lleno;
 Vistiendo del sayal los toscos paños,
 En el claustro pensastes, y sereno
 Levantaste tu espíritu doliente
 Al trono de tu Dios Omnipotente.

Y al revolver tus apagados ojos,
 Heridos por la luz de la mañana,
 Cansados de llorar, de angustia rojos,
 Lejos del mundo y de su pompa vana;
 Fijo tu pensamiento en los antojos
 De tu risueña juventud liviana,
 Que cual sombra fantástica veías
 Turbar la paz que en tu dolor finjías:

¡Oh qué cruel sería tu suplicio;
 Verte encerrado, para el mundo muerto,
 Delante de tus ojos el cilicio,
 Y para mas dolor, soñar despierto;
 Asistir de la vida al sacrificio;
 Ser y no ser, y de pavora yerto,
 No encontrar una mano bienhechora
 Donde posar tu frente abrasadora!

En desórden flotando tus cabellos,
 La barba blanca, el rostro envejecido,
 Perdido el brillo de tus labios bellos,
 El paso lento, el párpado dormido,

De tu génio los vívidos destellos
 Muertos y dados al eterno olvido,
 Al ayuno y continua penitencia
 Entregada tu mísera existencia;

Fija la vista en el desierto suelo,
 Sobre el pecho las manos enlazadas;
 Ardiendo en caridad y noble celo
 Por servir á las almas desgraciadas;
 Buscando con solícito desvelo
 Dónde esconder tus tímidas miradas;
 Angel que en el mundano torbellino
 Quemó sus alas de esplendor divino.

Así le vieron mis dolientes ojos
 Al rayar una hermosa primavera;
 Doraba el sol con sus celajes rojos
 El alto monte y la gentil pradera;
 Por sendas de zarzales y de abrojos
 Subí á su reclusion, triste y austera,
 Mansion de espanto, de incesante duelo,
 De eterna pesadumbre y desconsuelo.

En mi delirio le tendí los brazos
 Y le dije llorando: Hermano mio,
 ¿Por qué quebrantas nuestros dulces lazos
 Y te apartas de mí con tal desvío?
 Mi pobre corazon hecho pedazos,
 Al ver tu rostro indiferente y frio,
 No puede en su amargura consolarte
 Ni tiene ya ni aun lágrimas que darte.

Lágrimas de sus ojos se escaparon,
 Por el ardiente insomnio enrojecidos;
 Sus manos descarnadas se crisparon
 Al temblor de sus nervios sacudidos;
 ¡Ay hermano! sus labios me gritaron,
 Mis amores y gozos ya son idos;
 Mi pobre corazon, hecho pedazos,
 No tiene ya ni lágrimas ni lazos.

Bajó la frente devastada y seca
 Aquel mártir de espíritu indomable,
 De sus ojos en la órbita reseca
 Mostrando su designio inexorable;

Llegóse al pié de una columna hueca,
 Y moviendo un resorte impenetrable,
 Sacó una caja de metal labrada,
 De perlas y topacios incrustada;

«Toma, me dijo el pobre con ternura,
 Esta caja, en mi llanto humedecida...
 Cuando la muerte despiadada y dura
 Corte el débil estambre de mi vida,
 Escóndela en mi humilde sepultura,
 Que ella guarda mi historia dolorida;
 Estrecha por vez última mi mano,
 Y para siempre adios, mi fiel hermano.»

Tomé su mano temblorosa y fria,
 Y mis labios ardientes la besaron;
 Pintábase en su rostro la agonía,
 Y sus ojos mis ojos marchitaron;
 Adios, le dije, y con la faz sombría
 Mis pasos en silencio abandonaron
 El claustro oscuro y la mansion helada
 De aquel alma contrita y resignada.

La primavera con sus ricas galas
 Ornaba el campo de vistosas flores;
 Sacudían los pájaros sus alas;
 Cantaban en su nido los condores;
 Del firmamento las etéreas salas
 Se vestían de diáfanos colores,
 Y los claros arroyos murmurando
 Iban mis pensamientos deleitando.

¡A gozar! ¡a gozar! rueda la vida
 Sedienta de ilusiones y placeres;
 La dulce boca que á gustar convida
 El amor alimento de otros seres;
 El alma en su contento embebecida
 Olvide sus funestos padeceres;
 Y prosiga en revuelto torbellino
 La humanidad, la ley de su destino!

Una tarde ardorosa del verano
 En las cañas el viento susurraba,
 Y el sol desde su trono soberano
 A su tumba insondable declinaba;

El eco melancólico y lejano
 Del címbalo mortuorio resonaba,
 Eco del cielo que al sentirle vibra
 Del corazón la religiosa fibra.

Lleno de angustia, me dirijo al templo,
 De gélido terror presa la mente,
 Y en la ancha nave el ataúd contemplo
 De un monje amortajado humildemente;
 Y ante él doblando con cristiano ejemplo
 Ambas rodillas, levante la frente,
 Y ví á Lorenzo envuelto en el sudario
 Al reflejo de un cirio solitario.

Cumplióse ya la voluntad del Cielo,
 Dejando el valle de la tierra oscuro;
 Por fin el ángel remontando el vuelo,
 Vuelve otra vez al inmortal seguro;
 De aquella vida, de virtud modelo,
 De aquel sublime pensamiento y puro,
 Tan solo queda un túbulo escondido
 Y una inscripción que respetó el olvido.

INDICE.

	Páginas.
MEMORIAS Y SUSPIROS.	1
TEMPESTAD.	11
EN LA MUERTE DE NAPOLEON (SONETO).. . . .	15
AL ALMENDARES.	17
A LUISA (SONETO).	27
TRISTEZA.	29
A LA MAGDALENA (SONETO).	35
RECUERDOS DE AMOR.	37
EL PESCADOR.	43
LA MAÑANA.	51
A CUBA.	57
A LA LUNA.	67
EL ÁNGEL CAIDO.	73
CONSEJOS.	85
ARREPENTIMIENTO.	89
A LA NOCHE.. . . .	95
HOJAS Y FLORES.	101
A UN CASTILLO.	113
CONTRICION.	117
LA FLOR DE LA DESVENTURA.	121
A UN RIO (SONETO).. . . .	127
DESVENTURA.. . . .	129
A LA MUERTE DE ADELA.	133
A MI AMIGO J. M. DE L.. . . .	141
QUEJAS.	151
PENSAMIENTOS.	157

A MI PASTORA (SONETO).	167
RECUERDOS DE AMÉRICA.	169
LA NIÑA Y LA MARIPOSA.	173
A UN CRÍTICO (SONETO)..	177
RECUERDOS Y DÓLORES.	179
A LA MEMORIA DE MI PADRE.	185
A ORILLAS DEL ALMENDARES.	191
ILUSIONES PERDIDAS.	197
FÉ Y ESPERANZA.	203
ILUSION (SONETO).	209
DESENCANTO (SONETO).	211
EL BESO.	213
EN LA MUERTE DE MI HIJO..	217
ADIOS Á CUBA.	227
SONETO.	233
A ZEQUEIRA.	235
AL ESCULTOR D. JOSÉ PIQUER..	241
AL SOL DEL TRÓPICO (SONETO).	253
EL JAZMIN.	255
AL MAR.	261
LA CREACION.	271
AL ÁGUILA.	287
LORENZO.	291

